

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI

San José, Costa Rica 1930 Sábado 11 de Octubre

Núm. 14

Año XII. No. 510

SUMARIO

| | | | |
|--|-----------------------------|---|-----------------------------|
| El centenario de San Agustín..... | Luis de Zulueta y J. Pijoán | Una novela de César Falcón..... | José Carlos Mariátegui |
| Glosas..... | Eugenio d'Ors | Ante un aniversario..... | Benjamín Jarnés |
| Cartas hiperbóreas..... | José Rafael Pocaterra | Tres discursos de Zaratustra..... | Federico Nietzsche |
| Adhesión..... | Manuel Ugarte | Cinco minutos de castidad..... | J. Restrepo Jaramillo |
| El centenario de la muerte de Bolívar..... | Abel Carbonell | Ensayo sobre un poeta suicida (y 2)..... | José A. Fernández de Castro |
| El caso de la inversión extranjera..... | N. Viera Alfamirano | Poesías..... | Vladimiro Mayakovski |
| Documento..... | José Rafael Pocaterra | Los banqueros yanquis en las desgracias del Perú..... | Juan del Camino |
| César Falcón..... | Luis Bello | Pro-Bolaños..... | Camilo Cruz Santos |

Las dos ciudades

El centenario de San Agustín

=De El Sol. Madrid=

Este año 1930 han coincidido dos grandes conmemoraciones históricas. Una, el segundo milenario de Virgilio; otra, el décimoquinto centenario de la muerte de San Agustín. La primera ha pasado inadvertida en España. Inadvertida pasará estos días la segunda.

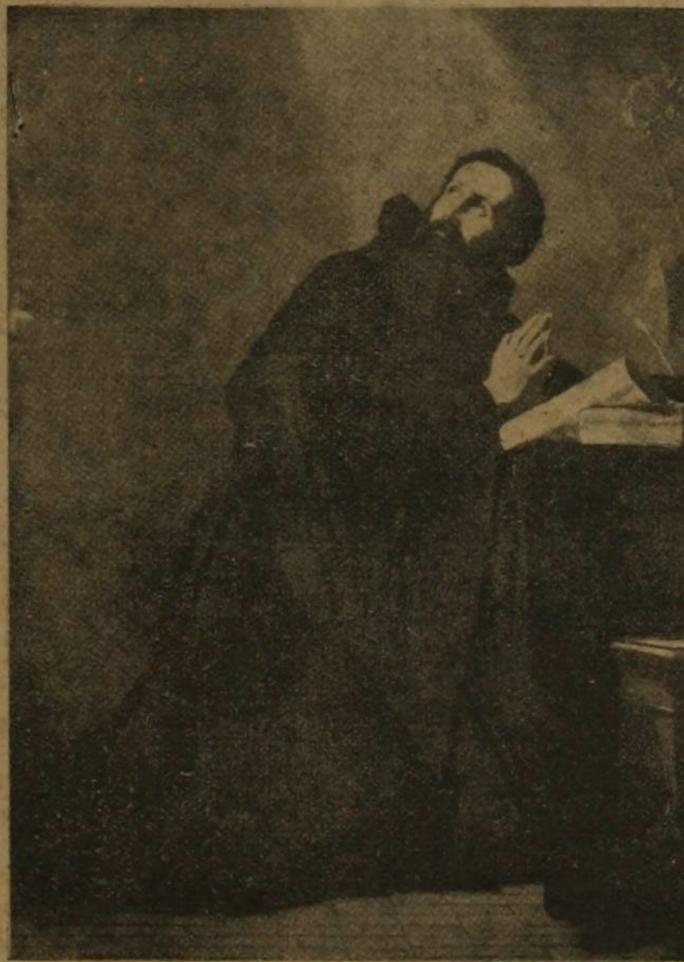
Su celebración quedará recluida en el interior de las iglesias como una solemnidad litúrgica acompañada de los habituales sermones y panegíricos.

Pero, en general, el público español, y aun el público culto, habrá permanecido ajeno a la emoción de estas dos fechas, a la evocación de esas dos almas, la del dulce poeta latino y la del ardiente pensador africano, que brillan como antorchas en la historia del mundo.

No ha habido en esta ocasión ni actos académicos, ni nuevas ediciones, ni libros actuales, ni casi artículos periodísticos. ¿Por qué?...

La culpa es, sin duda, de nuestra deficiente educación. No hay bachiller que no haya tenido que gemir —*pas de latin sans larmes*...— con la versión de una égloga virgiliana o de unos versos de la *Eneida*. No hay alumno de la «asignatura» de Religión que no haya oído hablar del santo obispo de Hipona. Pero la seca pedagogía de dómines y clérigos no ha solido encender en los ánimos juveniles el amor apasionado a esos autores admirables, y concluido el curso, más propendía el escolar a cerrar para siempre los enojosos textos que a buscar después libremente en las obras de esos autores un goce del espíritu, cogiendo con propia mano entre sus hojas los frutos de la mente y las flores del corazón.

Quizá por esto hoy comprobamos con dolor que no interesan mucho ni Virgilio ni San Agustín. Sólo en algunos casos, corriendo los años y olvidado el hastío de las aulas, el aficionado a la lectura vuelve a pedir una tarde en la biblioteca del Ateneo las *Geórgicas* o las *Confesiones* en una traducción francesa.



San Agustín

Cuadro de Ribera

...Sin embargo, precisamente en aquel período de su estancia en Cartago fué cuando leyó Agustín el libro perdido de Cicerón que se titulaba: Hortensio. Este libro produjo en Agustín una primera mudanza, una conversión filosófica, o conversión a medias. Agustín aprendió, en el Hortensio, que debía buscar la verdad y vivir conforme a la moral si quería ser feliz. En cuanto a lo primero, esto es, al estudio, Agustín no regateó esfuerzos. De una manera poco científica, hoy diríamos africana, no europea, Agustín trató de informarse de cuanto se había pensado antes de su tiempo; el año 373 hizo se maniqueo, abandonó luego el maniqueísmo, pero cayó en un nuevo platonismo. Respecto a la moral, el mismo Agustín nos dice que rogaba a Dios que le hiciera casto, pero todavía no: «Porque tenía miedo, Señor, de que me escucharas y me curases del mal de la concupiscencia...»

(Pasa a la página 211)

Pero ¡qué dos decisivos momentos en la vida de la Humanidad son los que este año conmemoramos! Del uno se cumplen veinte siglos; del otro, quince. Virgilio representa la madurez de la cultura clásica; San Agustín, el comienzo de la Edad Media.

Siente el vate mantuano, en el otoño de una civilización, la melancolía del atardecer. Adivina que va a nacer un orden nuevo y casi entrevé las claridades de la aurora venidera. ¡Feliz él si pudiese llegar hasta las causas de las cosas y descubrir las últimas verdades del Universo!... Mas ya que esto excede a sus fuerzas, se consuela con la paz rural y la sencilla contemplación de la naturaleza, cantando las verdes frondas, las campesinas labores y el dorado dulzor de las colmenas.

San Agustín presencia ya la ruina del mundo antiguo. En ese varón genial, viejo retórico latino y nuevo obispo católico, encarna el crepúsculo histórico que separa dos civilizaciones.

Desde su diócesis rural de Hipona, ve a los invasores bárbaros entrar a saco en Roma. Un mundo perece; hay que construir el edificio del mundo nuevo. Recordando sus lecturas platónicas, aquellos inolvidables diálogos de *La República*, escribe San Agustín su *Ciudad de Dios* mientras la Ciudad terrena, la Roma imperial, parece hundirse para siempre. Donde una ciudad muere, otra ciudad se levanta. Desaparece un Poder universal, el de la Edad Antigua; la Roma de los Césares. Con la pluma de San Agustín se anuncia otro poder universal, el de la Edad Media; la Roma de los Pontífices.

Para San Agustín —dice Figgis, estudiando la doctrina política agustiniana—, la *Ciudad de Dios* es una Iglesia-Estado de la cristiandad, de la que los infieles están excluidos, y en la que el Poder supremo del Estado se halla en manos de las autoridades jerárquicas de la Iglesia. Y añade el profesor Gettell que

«a medida que la organización administrativa eclesiástica, partiendo de las ideas de San Agustín, fué concentrando su actividad en las cosas de la tierra, acentuó su marcha en el sentido de la Iglesia-Poder»...

Iglesia-Poder, Iglesia-Estado... Estos conceptos no son ya los que predominan en los espíritus de la Edad Moderna. Más bien se vuelve hoy a la tesis platónica de un Estado meramente civil, basado en la justicia y encaminado a la realización del ideal moral. Dentro de este criterio la Iglesia tendría su esfera propia, no como potestad, sino como pura, santa espiritualidad.

Mas hay páginas en San Agustín que no resultan medievales, sino modernas y eternas. Tales son algunas páginas de sus *Confesiones*. Las he releído ahora en la quietud del campo, en una vieja edición española del tiempo de Carlos III, «traducidas del latín en castellano—reza la portada—por el P. Pedro de Ribadeneyra, de la extinguida Compañía, llamada de Jesús.»

¡Qué admirable el San Agustín de las *Confesiones*, y cómo llega hasta el fondo del corazón! Quizá en esos párrafos patéticos, si los consideramos literariamente, quede algo todavía del antiguo maestro de oratoria. Mas, en general, el lector, cualesquiera que sean sus creencias, se siente arrastrado por el genio vigoroso de este varón excelso, lleno de santidad, pero pletórico también de cálida humanidad.

Este hijo glorioso de la líbica aldea de Tagaste es un africano apasionado, vehemente, devorado por la llama del amor. Amor sensual en la mocedad; amor espiritual después; amor divino en la ple-

nitud. «¿Y qué era en lo que yo me deleitaba—dice reprochándose los extravíos juveniles—sino en amar y ser amado?»

Naturaleza sensible, la vida afectiva le arranca torrentes de lágrimas. Una separación le deja el corazón «herido y lastimado y corriendo sangre». La muerte de un amigo, compañero desde la infancia, le conmueve tanto que le decide a abandonar la patria «para que mis ojos le buscasen menos en el lugar donde no le solían ver»...

¡Con qué ímpetu sobrepasa su alma todo lo limitado, todo lo pequeño y efímero, abrasada por una noble sed de infinito!... Su vida es una apasionada persecución de la verdad. La buscó inquietamente en las letras clásicas, en las enseñanzas de los maniqueos, en las enseñanzas de matemáticos y astrólogos, en las pláticas de los obispos cristianos, hasta caer rendido, anegado en llanto, bajo aquella higuera del huerto de Milán, en el maravilloso episodio psicológico de la conversión...

Todos los insaciables anheladores de la verdad, en cualquier campo en que se muevan, admirarán emocionados la figura de San Agustín.

Cercó él de severos muros su mística Ciudad. Mas si, fuera de ella, algún meditador independiente, en la noche serena, suspira por descubrir él su verdad, y busca esperando encontrar, y encuentra ansiando buscar todavía, también junto a él se hallará el espíritu inmortal del autor de las *Confesiones*, y recordando acaso la escena del puerto de Ostia, velará paternalmente a su lado, mientras el solitario meditador contempla, por encima de todas las murallas, la misteriosa claridad de las estrellas que hoy como entonces, hace quince siglos, brillan en el cielo...

L u i s d e Z u l u e t a

G l o s a s

=De A B C. Madrid.=

San Agustín.—¿Me libraré de la sospecha de haber caído en una improvisación efectista y de circunstancias si digo aquí, si digo ahora, mi convencimiento de que el nuevo ciclo de cultura en que entra el mundo—según centenares y centenares de síntomas que mis *Glosas* han ido siempre recogiendo y comentando—va a desarrollarse, en su línea íntima y definitoria, bajo el signo del pensamiento de San Agustín...? Me resigno a semejante riesgo; agravado todavía por la imposibilidad de que en la coyuntura emplee yo el máximo alcance ni despliegue siquiera todo el juego de mis baterías de demostración. Ello vendrá, así lo espero, en ocasión más grave, ligeramente más tardía. Hoy por hoy, prefiero aceptar el peligro de parecer demasiado solícito a las sugerencias de la actualidad que el de mostrarme demasiado sordo a las palpitaciones de los tiempos.

San Agustín va a ser, sin duda, algo así como el Patrón espiritual del siglo xx—de este siglo que llevamos treinta años construyendo entre fatigas, retrocesos y zozobras y que apenas si hoy empieza a poderse mirar—, por la misma razón que Juan Jacobo lo ha sido

del siglo xix—de esa etapa romántica y panteística de cultura, cuyas supervivencias se agitan en torno nuestro aún...—. Porque el siglo xix, como Juan Jacobo, confió en la Naturaleza y no creyó en la existencia objetiva del pecado. Porque, al revés, el siglo xx, como San Agustín, creará en la existencia objetiva del pecado y desconfiará de la Naturaleza. Porque esta etapa, exactamente al contrario que la precedente, viene dispuesta a escribir—para decirlo de un modo gráfico—*Pecado* con mayúscula y *naturaleza* con minúscula.

El secreto de todo verdadero Clasicismo está ahí. Y el siglo xx se prepara a ser un siglo clásico. Y, entre todos los pensadores cristianos que han sido, el pensador clásico es San Agustín.

Pelagismo.—Todavía podríamos añadir que el siglo xix ha sido un siglo pelagiano. Un polemizador jansenista no hubiera dejado de hacerlo.

Víctima en sí mismo de ese furor polémico que tan duramente descargaba sobre los demás; contaminado—eran los tiempos—de una *suficiencia* protestante, que fácilmente hace de él, a nuestros ojos, una especie de puente entre la

Reforma propiamente dicha y ese Galicanismo, que había de acabar aceptando de la Reforma cuanto era localismo y prescindiendo de cuanto en ella significaba libertad; intoxicado a su vez de un estilo—es decir, de un espíritu—*barroco* que enroscaba, en sus gustos, la voluta de la austeridad, lo mismo que en el gusto jesuita contemporáneo se enroscaba la voluta de la ostentación; afectado en la severidad como elocuente en la pedantería, el jansenismo fracasó en el siglo xvii, y tenía que fracasar y bueno fué que fracasara; como es bueno que fracasen hoy, en otro terreno, las tentativas de reacción racionalista incondicionada, al modo de lo que se preconiza en la propaganda de un Julien Benda o en las reuniones de los universitarios, que, ahora mismo, en París, no lejos topográficamente—ni moralmente—de la Sorbona, manifiestan propósito de comulgar otra vez en las ruedas del viejo molino positivista... Pero de que el antipelagismo de Jansenio se extraviara en el error no se deduce que, en su protesta, no hubiera una tendencia de fondo aprovechable. Era, justamente, la tendencia agustiniana. Era aquel principio de *pesimismo*, que la ola naturalista de lo barroco había ya sumergido en la civilización, antes de que lo sumergieran blandamente en las conciencias Rousseau y los románticos.

Cantemos, amigos, que todo es hermoso,
lo verde y lo rojo.

Era todavía un soplo de Pelagio el que inspiraba ayer, en su abandonada tolerancia, al tan querido, tan amigo, tan rusioniano, tan *franciscano*, tan romántico, tan panteísta poeta nuestro (Juan Maragall), que cantó esos dos versos, entre cien otros, de inspiración análoga.

Pero es el maestrazgo de San Agustín el que nos asiste a nosotros, sucesores suyos en el nuevo siglo, para proclamar que, entre el verde y el rojo, debe de haber por lo menos, una jerarquía.

El apoyo.—Valorar, juzgar, tener el valor de preferir, el de condenar. No estará nunca de más para alcanzar las alturas ejemplares en esa actitud viril de la inteligencia el haber sido, como el santo, un poco maniqueo. Después de todo, de una actitud dual de la mente—la actitud de quien conoce la existencia y la fuerza de sus enemigos, y con ellos batalla—nacieron doblemente el sentido del trabajo heroico en el antiguo pueblo persa, el sentido de la justicia y de la propiedad en el derecho romano (herencia, tal vez, de ciertas dualistas inclinaciones etruscas): trabajo, derecho, fuentes de la civilización.

De esas fuentes, el espíritu nuevo tiene hoy viva sed. Pero una viciosa maraña de confusa vegetación pánica, de blandos fangales, de cenagosos pantanos, de suelos huidizos y de flores corrompidas le hace difícil el camino... ¡A ver, pronto, algo en que poder apoyarse, una palanca, un bastón!

Grave, desde la lejanía de quince siglos, aparecido ante nosotros a la luz de una pública conmemoración, el santo obispo de Hipona nos alarga su báculo

Eugenio d'Ors

El centenario de San Agustín...

(Viene de la primera página)

Nueve años pasó Agustín, como estudiante, entre Tagaste y Cartago, hasta que el 383 marchó a Roma. Allí consiguió por influencia del ya citado Simaco (el mismo que habló en pro del altar de la Victoria), un cargo de maestro en Milán. Por algún tiempo vivió Agustín en Milán con su madre, su concubina y su hijo, pero pronto pensó en casarse mejor y despachó al Africa a la madre del pequeño, reteniendo sólo a éste. A pesar de su reputación y sus amistades, Agustín no se hallaba bien en Milán; cabe opinar que un alma como la suya no podía ser feliz en ninguna parte. Por ello sin duda, y en su afán constante de perfección, comenzó a sentirse impresionado por los sermones de San Ambrosio y los relatos de la vida monástica, que empezaba a extenderse entre los cristianos de Oriente. Es impresionante la historia de esta alma. Nadie como él, en las Confesiones, ha alcanzado tan vivida expresión de los sentimientos en la lucha decisiva por la conversión. Esta página suya debe ennoblecer nuestro pálido relato. «Sufría y me torturaba, dando vueltas en las cadenas que no me retenían ya más que por un débil estabón, pero que, sin embargo, me retenían. Yo me decía:—Ea, no más retardos!—Me resolvía a comenzar y no comenzaba. Y volvía a caer en el abismo de mi vida pasada. Y cuanto más próximo estaba el inaprensible instante en que iba a cambiar mi ser, más me sobrecogía el terror. Y las frustrerías de las frustrerías, las vanidades de las vanidades, mis antiguas amistades me agarraban por la ropa de mi carne y me decían al oído. Nos despides? Cómo! Desde ahora, para siempre, nunca podremos hacerte compañía?—Ya no me usallaban de frente, como en otro tiempo, quejosas y atrevidas sino con tímidos cuchicheos murmurados a mi oído. Y la violencia de la costumbre me decía:—Podrás vivir sin ellas?

»Más del lado por donde yo temía pasar, se dejaba oír otra voz. La casta majestad de la continencia extendía hacia mí, para acogerme, sus manos piadosas. Y me mostraba, desfilando ante mis ojos, niños, doncellas, viudas venerables, mujeres envejecidas en la virginidad, vírgenes de todas las edades. Y con un tono de dulce y confortante ironía, parecía decirme:—Y qué? No podrás tú lo que éstos y éstas? Vacilas porque te apoyas en ti mismo. Lánzate animosamente a tu Dios y no se apartará para dejarte caer.

»Esta lucha interior era como un duelo conmigo mismo. Llegaba al fondo del jardín, dejaba correr mis lágrimas, y exclamaba entre sollozos:—Señor, hasta cuándo? Hasta cuándo?... Mañana?... Mañana?... Por qué no ahora?

»Decía y lloraba con toda la amargura de mi corazón roto. Y repentinamente, oigo satir de una casa vecina como una voz de niño o doncella, que cantaba y repetía estas palabras. —Toma y lee! Toma y lee!—Hice memoria para recordar si sería algún estribillo usado en algún juego infantil; de nada parecido me acordé. Volví al lugar donde antes me encontraba, y en donde había dejado el libro de las Epístolas de Pablo. Lo tomé, lo abrí y mis ojos vinieron a encontrarse con las siguientes palabras. «No viváis en orgías, en libertinaje... sino revestidos de Jesucristo.» No quise, no tuve necesidad de leer más. Lidas apenas aquellas líneas, se difundió por mi corazón como una luz de seguridad que disipó las tinieblas de mi incertidumbre... Fui al punto a encontrar a mi madre.

Le referí todo lo sucedido. Alegróse al escucharme. Triunfaba, y te bendecía, Señor, a Tí, que eres poderoso para concedernos más de lo que pedimos y pensamos.»

Era el verano de 386, y Agustín, sin más tardanza, renunció a sus cargos y se retiró a la granja de un amigo suyo en Cassiano, el moderno Casiago, cerca del lago Maggiore. En Milán había llegado a ser Agustín la personalidad más eminente de un grupo de estudiosos de la filosofía. Algunos de ellos le acompañaron en su retiro. Agustín mismo nos ha transcrito las conversaciones entre él y sus amigos en Casiago. Sorprende que este nuevo converso se pasase tres días enteros comentando el Hortensio. Otros tres días se emplearon en discutir la Vida Beata... Son asuntos serios, dignos de un cristiano, pero no son esencialmente temas cristianos.

Por fin, después de haber sido bautizado por San Ambrosio, Agustín embarcó para el Africa, de la que ya no tenía que salir. Primero marchó a su pueblo natal, Tagaste, donde trató de establecer un centro de vida monástica con aquellos mismos amigos de Milán que le siguieron y otros conversos africanos. Allí pasó otros tres años, desde el 388 al 391, escribiendo tratados sobre la verdadera religión, sobre la música y contra las herejías. Ordenado sacerdote en 389, empieza a ser Agustín, no sólo un escritor filósofo, sino el doctor apolológico y el gran batallador que será toda la vida...

Hacia el 396 el obispo de Hipona, cerca de la actual Bona, Valerio, resolvió asociarse un coadjutor. La voz unánime del clero y de los fieles señaló a Agustín. Desde que fué ordenado sacerdote, se le había visto suplir a su venerable obispo en el ministerio de la predicación, combatir a los herejes, asistir a los concilios con autoridad, debatir sobre las cuestiones más arduas y actuales, y sobre todo, era bien conocida su vida ejemplarmente ascética. Un año más tarde por muerte de Valerio, fué Agustín elegido obispo de Hipona. Agustín convirtió luego en un monasterio la casa episcopal de Hipona y en ella permaneció siempre, excepto sus breves estancias en Cartago; no tuvo tiempo de viajar, como hicieron la mayor parte de

los eclesiásticos de la época, que iban a Palestina, al Egipto, a Roma, con cualquier pretexto; sus polémicas dogmáticas le absorbieron por completo. La iglesia tampoco exigió más de él, ni llegó a ser obispo metropolitano. Una pequeña diócesis rural era lo único que estaba confiado a su directa vigilancia.

Pero Agustín hizo de su silla de Hipona una cátedra a la que todo el mundo cristiano acudió para escuchar sus enseñanzas. Enterado de todo, sin tardanza, Agustín advirtió, contradijo, amonestó, con un celo que asombraba a sus mismos enemigos. Participó en no pocas batallas que se libraban a miles de leguas de donde él estaba. Su pluma, siempre pronta, no corría bastante, por eso dictaba al amanuense que transcribía ligero con anotaciones taquigráficas. Su elocuencia es fulminante; escribiendo y hablando, su palabra nunca deja de ser clara, vívida y luminosa, irradiando verdad y comunicando simpatía, esta simpatía de emoción humana con que Agustín sabe hacer palpitantes los más difíciles temas teológicos.

Las gentes de este periodo mostraban una irascibilidad que revela el esfuerzo que hacían para enderezar un mundo ya torcido. San Agustín, en su rincón africano, encontró todavía la penosa contienda de los donatistas, que querían hacer una iglesia rival de la romana, conoció la herejía del maniqueísmo, y presenció desórdenes y supersticiones de todas clases. Contra todos combatió con sus sermones, cartas y tratados. La labor literaria de San Agustín asombra más porque revela que aquella poderosa actividad mental piensa, medita, cavila, se esfuerza por encontrar soluciones para todos los problemas de mística, de teología, de política, de moral... Parece imposible que, con una salud más bien precaria, pudiera trabajar tanto, abarcar tantas materias. Es un caso de fortaleza del espíritu actuando en un cuerpo frágil.

La humanidad debe a San Agustín preciosos libros de sabor literario como Las Confesiones y la Ciudad de Dios, que han pasado a ser clásicos. Los escritores admirarán siempre sus dotes polémicas, sobre todo sus cartas y sermones de controversia; la iglesia católica, principalmente, encontró en San Agustín su más inspirado defensor; él aclaró las ideas, estableciendo prelación y orden en los esfuerzos anteriores de toda la cristiandad.

J. Pijoán

(Historia del Mundo. Tomo III. Salvat, editores. Barcelona. Recomendamos esta preciosa obra.)

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

| | | |
|---|---|--|
| <p style="text-align: center;">CERVEZAS</p> <p style="text-align: center;">ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.</p> | <p style="text-align: center;">FABRICA:</p> <p style="text-align: center;">REFRESCOS</p> <p style="text-align: center;">KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.</p> | <p style="text-align: center;">SIROPES</p> <p style="text-align: center;">GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.</p> |
|---|---|--|

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Cartas hiperbóreas

=Envío del autor=

"...Ni deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla"

«¿Qué le parece a usted si desde el Repertorio todos los intelectuales de América preguntasen a los Poderes Públicos cubanos dónde está Laguado Jayme? Porque es tan enorme lo cometido con ese joven escritor, que si los escritores todos de Hispanoamérica no se verguen en vista de la monstruosidad, ¿para cuando guardan su dignidad? ¿Qué le parece si el Repertorio invitase a todos los intelectuales a que—respetuosamente—preguntasen al gobierno cubano qué ha sido de Laguado Jayme? Iniciativa de García Monge(1).

No, «los escritores de América» que usted invoca, mi querido y noble García Monge, no se unirán para exigir de las autoridades cubanas dar razón de Laguado Jayme. Porque temen perder colaboraciones o subvenciones.

Habrán unos cuantos que lo harán. Unos pocos.

Personalmente hace más de un año escribí al Embajador de Cuba en Washington, al Subsecretario de Estado de Cuba, Campa—que respondió, pero indirectamente. Inquirí de muchísimas personas más... Conservo las cartas. Muchas cartas. Vagas respuestas de que por ningún respecto el «detenido Laguado Jayme sería entregado a Gómez».

Luego, silencio. Yo partí a otra triste misión; y al regreso, aquí y allá apuntó la acusación; y otra vez un silencio espeso, un silencio siniestro cayó sobre el «caso» del escritor venezolano Fco. Laguado Jayme arrojado al agua desde el pontón «Máximo Gómez» en la bahía de la Habana para pasto de los tiburones.

El mar continuó ciñendo de espumas rabiosas la isla larga como su desdicha, y el silencio otra vez cayó, más pesado, más oficial, más diplomático y más cobarde, ciñendo a su vez el mar y la isla.

¿A qué los gritos? ¿Cómo darlos? Ya

(1) Mía no, Pocaterria. Es de un escritor magnánimo de Cuba cuyo nombre debo callar por ahora. g.m.

el General Machado, por órgano del licenciado Barraqué, su secretario de Justicia, había decretado la suspensión del diario habanero «Unión Nacionalista» por mi artículo *El Último Payaso* pues que yo «ofendía allí al dignísimo Presidente Leguía» que ahora está en el islote de San Lorenzo bajo las maldiciones unánimes de su propio pueblo.

Los grandes periódicos—que suelen ser «periodiquetes»—insertaron el cable de la Prensa Asociada llamándome «libelista»...

Es ocasión que Machado prohíba al Perú en Cuba y que la «Associated Press» llame libelo colectivo a los cinco millones de peruanos que acusan a Leguía de toda suerte de delitos.

Si hubiéramos tenido una patria política los venezolanos, Gerardo Machado—y no el pueblo de Cuba a quien indignan estas cosas—hubiera tenido que dar cuenta de la desaparición de Laguado Jayme, y cuenta por órgano de ese Licenciado Barraqué a quien ahora ahorco como cómplice y cohechor de un delito de secuestro y de asesinato probable con los propios cordones de la toga que arrastra por las baldosas de la Secretaría de Justicia en la Habana.

Y si este lazo corredizo no le estran-

Lo dice por experiencia propia

Por Solano



Leguia: — Patina que es una maravilla... y en resistencia no hay duda que el cubano nos da punto y raya...

Irigoyen: — Sí, pero estas piruetas de última hora le van a ser fatales... Ya ves lo mal que nos ha ido a nosotros, con todo y que renunciamos a tiempo...

gula materialmente, aguarde a que den cuenta del guardia rural de Santa Clara los mismos cubanos, que es por obra de ellos mismos que se hará justicia...

¡Bandolero siniestro y grotesco! Coger a un joven y echárselo a los tiburones, y tener luego mano para estar firmando «pases» para el garrote a los desdichados que roban por hambre y matan por pánico!

Yo te esperaba a la vuelta de la historia contemporánea — como espero uno a uno a todos los cómitres en esta serie de dictadorzuelos ignominiosos—.

¿Que te adelanta el silencio que no sea ya un veredicto?

Mientras las autoridades cubanas no den cuenta de lo ocurrido, el nombre de Laguado Jayme quedará asentado como una de las partidas mayores en esa contabilidad pavorosa de los «Mata-deros Consolidados—Exportación e Importación» bajo la razón social de Gómez, Machado y Compañía.

En la compañía figuran Rada y Gamio el peruano; Arcaya, el venezolano; Barraqué cubano y «exvoluntario».

Si la mayoría de los que se dicen «escritores de América» tuviese más vergüenza y menos hambre de publicidades sin riesgo y bien pagadas, el cadáver de Laguado Jayme sería una bandera...

Pero va a ser sólo una derrota y una ignominia más de los intelectuales químicamente puros y requintados y quintesenciados que hablan de ética, de fonética, de peripatética y de «acercamiento racial», todos timoratos de dejar de ser «cónsules» o «diplomáticos» o todos ansiosos de poder serlo.

Duerme en paz oh noble y atrevido y sincero muchacho que pudiste ser «notable» en tu patria, emparentado de cerca con los Gómez mismos que allí mandan, y preferiste la lucha con la doble mi-

seria del extranjero hostil y del extranjero asesino!

Descansa de tu breve pero arduo batallar, que si el propio Secretario de Justicia de Cuba Licenciado Barraqué, firma ahora el acta del hallazgo de las cenizas de Narciso López, ese mismo hombre, ese cubano que desentierra a un venezolano libertador, tiene miedo de dar cuenta al mundo de los restos de otro venezolano libertador cuyo cadáver se pudre en el mismo limo que enturbió de historia los despojos del «Maine».

José Rafael Pocaterra

La adhesión de Manuel Ugarte

Niza, 17 de septiembre de 1930.

Querido García Monge:

Leo en su benemérito *Repertorio Americano* el llamamiento en favor de Laguado Jayme y me apresuro a enviar a Ud. mi formal adhesión. Es necesario impedir que se aclimaten en nuestras repúblicas los procedimientos expeditivos que estrangulan en la sombra y castigan sin jueces y sin publicidad, de acuerdo con el capricio de los que mandan. Hay que saber dónde está Laguado Jayme o qué ha sido de él. Así lo exigen la seriedad y el prestigio del Continente. La iniciativa de *Gráfico* de Nueva York me parece muy oportuna y firmo de todo corazón con ustedes en favor de la libertad del pensamiento y en contra de las represiones de inspiración medioeval.

Su muy amigo.

Manuel Ugarte

Digamos que el artículo de Gráfico (Nueva York) sobre Laguado Jayme que se publicó en el Rep. Am. del 16 de agosto pasado (No. 7 del tomo en curso) salió sin la firma de su autor: Jacinto López. Conste, pues.

colar, como está establecida en algunas secciones de la república, se puede destinar a la concreción de bustos y retratos del Libertador, y de otros héroes, banderas y escudos nacionales. Las colectas grandemente educativas y de sencilla organización, son de las que se vuelven millones, al decir del eminente escritor L. E. Nieto Caballero.

Hacedero es y de excelentes resultados prácticos el organizar juntas o comisiones cívicas en la escuela o en torno de ella, con fines determinados, como las que han creado en el suroeste antioqueño los inspectores Alejandro Cano H. y Bernardo Arango Macías con entusiasmo y acierto merecedores de elogio.

Al tenor de estas instituciones convendría establecer juntas agrícolas y comisiones que lucharan por difundir el alfabeto por todas partes. Los encargados de la inspección de escuelas y colegios están en aptitud de impulsar a los concejos y mover a los ciudadanos amantes de la civilización: así la escuela se convierte en columna de actividades sociales que redundan en bien de la comunidad. Hermoso es el empeño de Luis Enrique Osorio, al clamar por que en toda Colombia haya pequeñas granjas.

Los postulados de las ciencias económicas se reducen en último término a esta palabra: *Producción*.

Quien no produce no será dueño de riqueza propia y tendrá que sostenerse del dinero ajeno. Los libertadores nos dieron Independencia política; a nosotros nos corresponde alcanzar la industrial y por ende la fiscal.

La agricultura es la base de la producción, y por lo tanto, ella y las industrias que le son auxiliares, deben ser objeto preferente de la acción oficial y social.

País que vive de la especulación jamás llegará a un progreso efectivo.

Con encarecimiento recuerdo a ustedes el forzoso cumplimiento del artículo 43 del decreto 491 que en su parte final dispone: «Anexo a la escuela habrá un terreno cercado y dividido en dos partes: la una para los ejercicios gimnásticos, y la otra para un huerto o jardín, en el cual los niños aprendan prácticamente los elementos de agricultura, horticultura y jardinería».

Que el 17 de diciembre cada escuela posea el huerto; que los niños escriban con claveles rojos el nombre conspicuo y amable de Simón Bolívar; que las niñas, con lirios sembrados por sus manos gentiles, tejan ramilletes en loor de Policarpo y de Antonia Santos; que la tierra fecundada por el sudor que gotea de las frentes infantiles, dé frutos que sirvan para el alimento de los escolares pobres. Hermanándose de este modo, sublimándose, lo bello y lo útil. Ofrenda de frutos y flores, como expresión concreta de blandos afectos y de puros pensamientos, pido yo para San Pedro Alejandrino, lugar que es la Meca del patriotismo americano.

Si el Padre inmortal tornase a vivir hallaría más grato a su nombre este callado homenaje de inmarcesible honra que todas las estatuas que de Nueva York a Chile cantan sus proezas.

En el discurso-programa con que el excelentísimo señor presidente de la república inauguró su gobierno el 7 de agosto pasado, habló directamente de la urgencia de combatir el analfabetismo. *Mundo al Día*, que oyó y escuchó la prestigiosa voz del gobernante, ha comenzado a laborar por tan bello fin.

No hay dinero para abrir escuelas que alberguen toda la población escolar del país; carecemos de elementos didácticos para impulsar racionalmente la enseñanza, mas, en cambio existen centenares y millares de ciudadanos capacitados para enseñar a leer, escribir y contar a los que se hallan en la penumbra del alfabeto. No

El centenario de la muerte de Bolívar

=De *El Tiempo*, Bogotá.=

República de Colombia.—Ministerio de Educación Nacional. Circular número 1.

Bogotá, setiembre 10. de 1930.

Señores Gobernadores, Intendentes, Comisarios, Directores e Inspectores de educación pública.

Acércase el 17 de diciembre, día de dolorosa recordación en los anales de la humanidad. En esa fecha se cumplen cien años de haber expirado en San Pedro Alejandrino, Simón Bolívar, padre de la patria y varón sublime que fue y será hasta la agonía de los siglos numen de libertad, de justicia y de gloria.

Es justo que en estos momentos los colombianos alcemos los corazones y despejemos la mente para evocar las hazañas inmortales del héroe máximo que nació en la opulencia, vivió batallando por la libertad y acabó solo y triste en sitio, por siempre venerando, no distante de la hidalga y leal ciudad de Rodrigo Bastidas.

Deber nuestro es que dediquemos unas horas de honda meditación, para honrar el recuerdo de quien fue creador de naciones.

El gobierno anhela que el homenaje al Libertador sea noble, en lo posible, digno de tan augusta memoria.

La angustiosa situación fiscal no permitirá realizar obras suntuarias, pero sí podemos iniciarlas decorosamente para llevarlas después a cabo. Levantemos entre tanto otra clase de monumentos, más duraderos que la piedra, en la conciencia de los colombianos. Porque en conmemoraciones como la que se avecina no es el dinero el elemento máspreciado. En un país espiritualista como el nuestro, son las ideas brillantes y los sentimientos delicados los que dan fulgor a los actos. Porque es verdad que en toda hora se muestra como dignificante la palabra de Dios: «No sólo de pan vive el hombre». Las estatuas de mármol y los edificios con frisos de oro se tornan pálidos y efímeros ante lo perenne de una labor de cultura que franquea los siglos educando las generaciones.

Para consolarnos de nuestra pobreza presente recordemos que el Mago de Caracas y los próceres que tras él iban fascinados, padecieron toda clase de penalidades: a los dolores del alma se sumaban el hambre, y la desnudez y el frío. No fue un ejército de cortesanos el que escaló los Andes y bajó a vencer en el Pantano de Vargas y en Boyacá.

Las pequeñas causas suelen producir efectos soberanos. Las más modestas iniciativas dan ricos frutos. La colecta voluntaria del centavo es-

es imposible fomentar escuelas gratuitas, vespertinas, nocturnas y dominicales en las cuales los maestros, en asocio de los alumnos más avanzados de las escuelas y colegios y de vecinos letrados, se den a la tarea de «enseñar al que no sabe». En esta empresa el venerable clero será factor de primer orden.

Insinúo a ustedes la idea de crear en cada municipio lo que podría llamarse la Legión del Alfabeto, que dirigiera la campaña, no sólo en el poblado sino en los campos. En todo caso la escuela ha de ser el centro de esta salvadora acción, en la cual la mujer pondrá todo el contingente de su virtud y de su patriotismo.

En Méjico se creó el título de profesor o maestro honorario para todo el que enseñase a leer a cierto número de individuos.

Si de la conmemoración de la muerte del Libertador quedasen en toda la república como ins-

tituciones estables y activas las Juntas o Comisiones agrícolas y las Legiones del Alfabeto, se podría afirmar que la memoria del más insigne de los americanos había recibido un honor muy más excelso que el que le otorgarían la poesía y las artes plásticas.

Con todo acatamiento excito a ustedes para que, por medio de decretos desenvuelvan, amplíen y lleven a la práctica las ideas que les expongo en esta circular.

No es justo ni decoroso que el silencio y la indiferencia recuerden, al cabo de una centuria, el abandono y la tristeza en que acabó quien fue «Arbitro de la paz y de la guerra».

Espero que ustedes se dignarán dar aviso a este ministerio de la realización que den a esta circular.

Dios guarde a ustedes,

Abel Carbonell

El caso de la inversión extranjera

1ª. Calle Poniente N.º. 46.
San Salvador, 9 de Septiembre de 1930.

Admirado y querido amigo García Monge:

Me ha preocupado en extremo la invasión constante de las fuerzas económicas extranjeras en nuestros indefensos territorios. Como hecho humano, considero que hay en ello algo bueno para aprovechar, y algo malo que corregir.

El breve estudio que le envío adjunto se ocupa de ese caso. Yo dejo ese trabajito en sus manos, para que lo use lo mejor que pueda—si vale algo—, haciéndolo pasar antes por el tamiz de su acertada crítica.

Cordialmente suyo,

N. Viera Altamirano

1.—La plusvalía económica de los países antiguos o la minusvalía de los países nuevos

Empezaríamos nuestro estudio con esta afirmación: toda disparidad en los valores económicos, entre los distintos países del mundo, acusa una plusvalía persistente a favor de los países mejor desarrollados, o una minusvalía en perjuicio de los países menos desarrollados. Esta plusvalía puede existir, o mejor dicho, existe, distribuida entre los tres factores esenciales en la producción de riqueza, a saber, entre la tierra, el trabajo y el capital; aunque más sintéticamente podemos decir, entre el trabajo y la tierra.

En Bélgica una hectárea de tierra de buena calidad vale por término medio seiscientos cincuenta dólares. En Honduras igual cantidad de tierra vale seis dólares. En el Oeste de Estados Unidos ocho horas diarias de un obrero del campo valen por término medio, seis dólares y cincuenta centavos. En Corea, esas ocho horas apenas valen veinte y cinco centavos oro. En el gran centro industrial de los Estados Unidos, en el Este, se calcula aproximadamente una producción de diez y ocho dólares por cada ocho horas de trabajo de un obrero. Ese mismo trabajo, realizado por un obrero en el Perú, en Corea o en Guatemala, no rinde ni una cuarta parte.

Estos hechos aislados, a la observación superficial, nada dicen. Pero cuando se ahonda esa observación se advierte que la disparidad en el desarrollo cultural de los pueblos de la tierra, al crear esas hondas distinciones entre sus coeficientes económicos, han establecido de hecho el usufructo de la plusvalía; mantienen, en otros términos, una plusvalía a su favor, contra la cual, afortunadamente para el progreso general de la humanidad, están conspirando las tierras nuevas, los hombres nuevos, los climas nuevos y los capitales viejos por mano del que invierte.

Aunque rudimentario y elemental en exceso, para comprensión mejor del que estudie, haremos una explicación ligera del hecho, y de sus causas. La acumulación de trabajadores, el acopio incesante de capital ahorrado y el progreso de la investigación científica, aumentan cada día, y la han aumentado sin cesar en los países

del antiguo mundo, la productividad del trabajo. Parte de esta productividad ha sido en beneficio del trabajador, directamente empeñado en ella. Aunque muchas veces el salario que percibe puede parecer hasta estancado, inmovilizado, en cambio las condiciones ambientes en que vive y desenvuelve sus facultades, mejoran cada vez más. Si no individualmente, como integrador de una unidad colectiva, el trabajador coopera con cada movimiento de sus brazos a aumentar el patrimonio de su nacionalidad, que es el patrimonio de sus hijos. Pero el creciente poder productor del trabajo se va, mayormente, a formar, con parsimonia pero con seguridad matemática, la renta ricardiana y a aumentar el valor social de la tierra. De ahí la observación de Stuart Mill y de Henry George, descubriendo cómo la propiedad particular del suelo absorbía, en forma ambigua e inapreciable para los constructores políticos, los provechos del trabajo.

Sentada esta ligera explicación, el hecho que nos interesa es la plusvalía ya existente. El mercado mundial necesita abastecerse. Necesita trigo, maíz, azúcar, manufacturas de toda índole. Esos varios productos tienen un valor. Si los principales abastecedores de ese mercado constituyen núcleos humanos intensamente desarrollados, lo natural es suponer de antemano que ellos están aprovechando la plusvalía existente; y que la oportunidad de los pueblos nuevos está a la vista, invitándoles a participar en esa plusvalía, a tomar parte en el usufructo que viene desde siglos, acumulándose como una fuerza propulsora de la actividad humana. La participación en la plusvalía la provocan, conjuntamente, las nuevas tierras, los nuevos hombres, y los antiguos capitales. (Nota: Debemos recordar que las sociedades antiguas son las que han acumulado mayores capitales y que el volumen de esos capitales, naturalmente, viene en seguida a constituirse en el principal factor limitador de utilidades. El tipo de interés de los grandes capitales en sociedades avanzadas es siempre muy inferior al tipo de interés que se paga en los paí-

ses nuevos). Si los elementos genitores de la riqueza son el capital, la tierra y el trabajo del hombre, y si existe en el activo de la raza humana tierras, capitales y hombres que están participando en la producción mundial en la forma debida, cualquier carestía de manufacturas o subsistencias implica una plusvalía, es decir, comprende en sí un elemento de valor que no corresponde a aquellos que original y sintéticamente forman el costo esencial y que es el valor de un privilegio.

Esta plusvalía no es propiamente un privilegio establecido en virtud de un derecho artificial, sino de un hecho económico natural. No es propiamente un privilegio. El predominio de una clase, de un individuo, o de una nación, sobre sus vecinos y semejantes, no será ni constituirá un privilegio odioso si los demás individuos, clases o pueblo pueden destruirlo mediante la acción del trabajo, de la cooperación y el orden sistemático del esfuerzo. Es decir, mediante el ejercicio de una función natural. Ello no constituye ni constituirá otra cosa que la jerarquía natural en la raza humana.

La posición privilegiada de los pueblos antiguos sobre los nuevos es solamente un signo cierto de la supremacía de la cultura revelada en términos económicos. Contra ese privilegio va el progreso, que tiende a distribuir entre todas las razas y pueblos del mundo el poder de la ciencia. Su efecto inmediato es equilibrar los valores del mundo y equiparar cada vez, a cada nuevo desequilibrio, con persistentes y constantes reajustes, reveladores de marcha hacia adelante, las diversas agrupaciones humanas.

Claro está que la noción del valor es relativa; pero así como en mecánica, los conceptos matemáticos fundamentales, relativos en extremo, deben ser revestidos de cierta legitimidad, de cierta estabilidad, para poder concluir leyes eternas e inamovibles, así en economía política tenemos que aceptar como estables ciertos principios y ciertas normas, para poder avanzar. Aunque relativa la noción del valor, hemos dicho que en el valor, o precio de cuanto es objeto de intercambio en el mundo, hay un elemento integral que corresponde a la plusvalía de la tierra y a la plusvalía de la organización estatal, y la conclusión natural, que se desprende sin violencia en este estudio, es que conviene al género humano entero, en su totalidad, que las nuevas tierras, con sus hombres y sus oportunidades originales, se apresuren a participar en esa plusvalía, como necesidad ingente para el progreso de todos, poniéndose a trabajar a toda capacidad, hasta provocar el desplazamiento total de los valores, y mientras nuevas fenomenalidades determinan nuevas plusvalías a favor de ciertas naciones o ciertos grupos raciales.

Los pueblos nuevos no pueden, empero, participar en esa asociación de universales esfuerzos. Ellos no tienen la técnica, ni el capital, ni la organización social propicia a la producción de riqueza en el mismo grado de eficiencia que los países antiguos. Se les presenta, sin embargo, dos caminos, muy distintos, para lograrlo. Uno es la adquisición paulatina, autóctona, de los medios de producción, siguiendo las normas de crecimientos iguales que determinaron la formación de los antiguos estados. Otro es la cooperación inteligente con los países más avanzados, o más virtualmente, la admisión en su economía de factores de producción provenientes de pueblos más preparados. De todas maneras, su participación no es una cosa total, completa, desde un principio. Los pueblos nuevos no pueden entrar sino despacio en las actividades económicas de los viejos, y mientras no adquieren el valor productivo de los viejos tienen que pagar el tributo imprescindible de toda ascensión, ya sea en el orden material o en el orden del espíritu: el tributo a

los fuertes, a los viejos, a los mejor preparados o a los más sabios.

Un hombre, retirado al seno de una montaña, pero conocedor de la existencia de ciertas disciplinas científicas, podría hacerse el pobre propósito de descubrir por sí mismo los hechos ya descubiertos de la ciencia, «para librarse el sitio con sus manos». El curso de la vida es muy corto, empero. Suponiéndolo empezar ya en plena juventud, para descartar la participación de ajenas manos en la conservación temporal de su vida, el solo descubrimiento de las leyes matemáticas más rudimentarias, no digamos leyes, de los más simples hechos matemáticos, le tomaría toda la vida. Ya nos han contado los viajeros del atraso de ciertas tribus salvajes, para quienes, cualquier número mayor de cuatro representa el infinito. Ya lo hemos visto cómo hasta hace escasos siglos los hombres pudieron extraer la raíz cuadrada de un número y resolver una ecuación de primer grado. Pero nuestra suposición resulta, hasta este punto, extrema. Hemos tomado al hombre aislado, ansioso de absoluta autonomía, en los umbrales de la barbarie. Tómesele, un poco mejor. Supongamos que este hombre ha cursado la escuela superior, y que una vez en ella, pugna por seguir adelante con sus propias fuerzas, para no rendir tributo al más sabio. ¿Qué pasará? Pues, sencillamente, malgastará su vida entera en ahondar las cosas tal vez más superficiales en las disciplinas avanzadas de la verdad científica. Cada corto paso de verdad le costará lo que costó a los primeros furadores. Le costará cada cosa nueva lo que costaron a Laplace los primeros principios de su Mecánica Celeste, lo que agobió a Newton con la creación del cálculo diferencial; lo que costó a Pasteur con la comprobación original de los primeros fenómenos de la bacteriología. Este hombre habría realizado grandes cosas en hacer lo que ya estaba hecho. Habría perdido su vida.

Igual cosa pasará al pueblo nuevo que niega participación, en la formación de sus destinos, a las naciones más sabias. El admitir una dirección intelectual para realizar el progreso, o el

préstamo temporal de un instrumento de producción, no perjudica en manera alguna, y acorta grandemente la jornada. El poder que se adquiere es la seguridad vital más importante. El discípulo se pone a la altura del maestro.

Por lo que respecta a las naciones del nuevo Continente, su ingreso a la concurrencia mundial es imperativo. Pueden elevar el valor de sus tierras—es decir, la productividad de su trabajo—a una altura hasta estos momentos imposible; pueden elevar también el salario de sus trabajadores y dar los primeros pasos a la formación de sus propios capitales. Pueden crear los fundamentos de su autonomía económica y constituirse en comunidades progresistas y progresivas, con beneficio de los intereses humanos en general y de sus propios intereses. Sus tierras sin cultivos hacen a sus hombres indolentes.

Podrían ellos, sin embargo, en una edad remota, como hasta el día en que las naves de Cas-

tilla avistaron sus playas, continuar su marcha lenta y autóctona en busca del progreso. Ello era posible cuando los mares eran murallas difíciles de salvar. Cuando las distancias no tenían para ser desafiadas sino el trote incierto del corcel de guerra. Cuando los grupos humanos se asentaban aisladamente y crecían dispares, perpetuando la división y la diversidad, y al mismo tiempo las causas fundamentales de la guerra. Pero la concurrencia vital a estas horas apremia. El mundo forcejea nuestras puertas para entrar. Estamos en la edad de las comunicaciones rápidas, y el rápido transporte de las riquezas materiales y espirituales. Y esta interdependencia general no puede aguardarnos. Y para no sucumbir ante las exigencias, debemos ponernos en armonía con el tono del interés mundial, y aceptar ser partícipes en un progreso que no será sólo nuestro.

N. Viera Altamirano

(Seguirá en el cuaderno próximo el segundo capítulo.)

Documento

=Envío del autor=

Montreal, May 17, 1930.

Mr. A. L. King,
Attorney-at-Law,
c/o Hon. A. H. Gasque,
House Office Bldg.,
Washington, D. C.

Dear Sir:

In reply to your interesting letter of the 11th instant, I would inform you that in the book to which you make reference and of which I am the author, written originally in Spanish and afterwards translated into French and English, are contained those cases which I have been able to verify personally,

Apart from this, the abuse of power on the part of the present regime in

Venezuela is so well known that the press throughout the world has taken notice of same.

As you will readily realise, the outrage committed against a fellow countryman of yours, while much to be regretted, should not surprise the Government of your country which recognizes and treats as a legally constituted government a condition of things which is absolutely abnormal and unconstitutional and in the press of your country gives the name of «philibuster» and «agitator» to those Venezuelans who rise in arms and in righteous indignation against such form of misgovernment (1).

I have publicly denounced much worse acts committed by Gomez and his «gang» against both nationals and foreigners, but, as a Venezuelan, I must not appear before any commission extraofficially in the way you desire, since, from the point of view of international justice, the position is this:

If an outrage has been committed against a citizen of your country, the matter should be taken up in the ordinary courts of justice in Venezuela, and if the present regime does not guarantee the strict administration of justice, the U. S. Government, in maintaining its representative in Caracas and recognizing such a state of affairs, occupies not only a false position but establishes a precedent which is immoral.

While regretting the unenviable plight in which your client finds himself, I am sorry to be unable to follow the line of procedure you suggest and remain,

Very respectfully yours,

José Rafael Pocaterra

(1) Morris Golbert, *The Times* agosto 25. Este mismo folleto a tanto la palabra aparece ahora atacando a Gómez a su manera. Género Hallgren en *Plain Talk*, mayo 1929, pero intelectual ya que no moralmente inferior.—J. R. P.



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza**

— y —

La Sastrería

LA COLOMBIANA

**de Francisco A. Gómez Z.
le hace el vestido**

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses

Operarios competentes
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R.

Teléfono 3283

Nadie juzgará la personalidad literaria de César Falcón afecta a las incidencias de un artículo ajeno publicado en su revista⁽¹⁾. Nadie tampoco pesará los quilates de su personalidad moral con la balanza que ahora quiere aplicársele. Nosotros tenemos ya desde hace años, desde que vino a España, concepto muy alto del valer y de la rectitud de espíritu de este compañero en letras. Ese tiempo hace que lo consideramos, con alegría y con orgullo, por uno de los nuestros. No creo extemporáneo hablar hoy de la cooperación de escritores hispanoamericanos en las letras españolas y de las infinitas redes de enlace que, por fortuna, van tendiéndose entre España y las Repúblicas americanas.

Ha sido en estos últimos tiempos, a partir del final de la guerra, cuando las letras han acentuado su virtud dinámica; virtud eterna, alguna vez latente y escondida; pero que reaparece apenas se inicia un profundo movimiento político o social. Después de las relaciones e influencias recíprocas de escuelas literarias, es decir, puro profesionalismo, empieza otro período en que la fraternidad es más honda y va a la esencia del espíritu más que a la bella forma de expresión. Siempre seguirá habiendo el literato denominado puro, aquel que supo dividir a tiempo los mundos y elegir uno para vivir en él. A diferencia de Virgilio, que quiso acompañar al Dante, no sólo en su viaje al Paraíso, sino también al del Infierno. Sin dejar uno y otro por eso de ser tan poetas, por lo menos, como cualquiera de nuestros poetas químicamente puros. Seguirá habiéndolos y será necesario y aún conveniente que los haya. Pero la comunicación habrá de establecerse más directamente a través de espíritus que sepan vibrar y quieran recoger ondas humanas.

César Falcón, al escribir su libro *El pueblo sin Dios*, trajo la vida mísera de los Andes al nivel de nuestras estepas. En las páginas de ese libro, dentro del más vivo color local, hemos visto tantos rasgos patrios que muchas veces vacilábamos en decir si era suramericano o español.

Por encima de las fronteras hay desde luego analogías y diferencias por las que pueden ser clasificados juntamente escritores de las más diversas cunas. Imposible no ver correspondencia entre las páginas de Azuela, por ejemplo, en *Los de abajo*, romance bárbaro de las muchedumbres mejicanas y las del boliviano Alcides Arguedas, en *Pueblo enfermo*. Sin embargo, el uno es novela; el otro, estudio social. Entra en clasificación, por el ánimo que los inspira, como parte de una literatura que llamaríamos populista si no hubieran

(1) *Nosotros*, semanario político de izquierda. Madrid. Como periodista militante, Falcón estuvo preso hace poco. Ello justifica este homenaje del *Rep. Am.*

Ejemplos

César Falcón

La verdadera solidaridad

= De *El Sol*, Madrid =



César Falcón

Caricatura de Bagaria.

Una novela de Falcón

César Falcón: El pueblo sin Dios. Ediciones de Historia Nueva. Madrid. 1928.

= De *Amauta*, Lima. =

Escrita en 1923, esta novela no alcanza a muchas nuevas adquisiciones del espíritu y el estilo de César Falcón, a quien nada singulariza tanto como un pensamiento en incesante elaboración, en impetuoso movimiento. Conozco la preparación espiritual de estas páginas, presurosas, febrilmente escritas por Falcón en Madrid, poco después de que nos despediéramos en la Friedrich Bahnhof de Berlín, él para regresar a España, yo para volver al Perú. Habíamos pasado algunos densos y estrechados días de historia europea: los de la ocupación del Ruhr. La cita para esta última jornada común nos había reunido en Colonia. La atracción del drama rhenano, esa atracción del drama, de la aventura, a la que ni él ni yo hemos sabido nunca resistir, nos llevó a Essen, donde la huelga ferroviaria nos tuvo bloqueados algunos días. Nos habíamos entregado sin reservas, hasta la última célula, con una ansia subconsciente de evasión, a Europa, a su existencia, a su tragedia. Y descubríamos, al final, sobre todo, nuestra propia tragedia, la del Perú, la de Hispano-América. El itinerario de Europa había sido para nosotros el del mejor, y más tremendo, descubrimiento de América. Falcón estaba en la más angustiada tensión de este descubrimiento, cuando escribió en Madrid, sin dejar las cuartillas hasta no concluir la última, su *Pueblo sin Dios*. Literariamente, su libro se resiente de la furia periodística, del estado emocional en que fué compuesto. Tiene una rotundidad y un esquematismo de panfleto. Falcón habría pensado que traicionaba su intento, su pasión, si se dejaba ganar, escribiendo, por el deliquio estético.

Pero si el tono, la manera del libro tienen que ver con el instante en que fué escrito, si como factura artística no corresponde seguramente a la actualidad de Falcón, la idea germinal, la energía céntrica de *El Pueblo sin Dios* continúan enriquecidas, acrecentadas, exasperadas, en el fondo del pensamiento del autor. Todas las emociones, todos los impulsos de que está hecho este libro, han seguido operando en él, acentuán-

(Pasa a la página 218)

descalificado ya tal nombre tres o cuatro naciones europeas. En el amor al pueblo y en el deseo vehemente de sacarlo de su situación inferior, está inspirado también *El Pueblo sin Dios*, de Falcón. Una terrible circunstancia racial hace que el pueblo para Azuela, como para Alcides Arguedas y para Falcón, sea en gran parte pueblo de indios. Hay la misma emoción y el mismo deseo de tender la mano al que puede ser nuestro igual en el libro de Barrett *El terror argentino*, aunque aquí un espíritu aristócrata, de distinta raza, enjuicie desde fuera. Pero toda esta valiosa literatura, caldeada de amor humano, y por lo tanto traspasada de dolor, tiene puntos comunes entre sí, y lugares adecuados dentro de la gran historia que escribirá algún día el genio comprensivo de las aventuras españolas.

Cuando César Falcón vino a España no era nuestro pueblo seguramente tal como lo deseara un enamorado de la justicia. Fué, sin duda, un segundo exilio su viaje a Inglaterra. No pertenece al tipo de escritores que pudiéramos llamar supercircunstanciales, indiferentes a la realidad circundante, puros parnasianos de sangre fría. Viviendo en comunicación no pocas veces ver era sufrir. Falcón llegó a interesarse, quizá por encontrar tales y tan misteriosas semejanzas que no acertara a ver sino una sola patria. Nada más fácil que reducirse a los estudios históricos, a la literatura de pasatiempo. Sin embargo, esa cómoda solución no a todas las voluntades es posible. Por el ardor de sus ideas, por la limpia conducta y por su fe en la acción del entendimiento, envió a César Falcón mi testimonio de adhesión y mi saludo de compañero.

Luis Bello

Testimonios

Verdad es que hace tiempo dirigi a Dios esta humilde oración: Librame, Señor, de mis amigos políticos, que de mis enemigos, su propia injusticia me guardará.

La política es aquel sistema de actos por los cuales se hace práctico, hecho, el principio que desea establecerse. Los resultados son la piedra de toque, no de la pureza de la intención, sino de la política seguida.

La mejor política es aquella que va a su objeto, sin curarse de las dificultades del momento, contando con la justicia únicamente del pueblo que conoce al fin sus servidores y les aplaude la abnegación con que arrostraron el desfavor.

La verdad verdadera es la más segura guía, pues de ficción en ficción, la realidad al fin despierta a los pueblos, con su terrible aparición, cuando cerraron voluntariamente los ojos para no verla.

Adiós a los Estados Unidos! Llévo los aquí como recuerdo, como modelo. Son el Hudson, Staten Island, Niágara, Chicago, como naturaleza. Son Mrs. Mann, Davidson, Emerson, Longfellow y tantos nobles caracteres como hombres. La República, como institución. El porvenir del mundo, como promesa. Adiós. Adiós!...—1868.

D. F. Sarmiento

Ahora se cumple el trigésimo aniversario de la muerte de Federico Nietzsche. Vivió del 15 de octubre de 1844 al 25 de agosto de 1900, si bien puede decirse que su verdadera vida acabó once años antes, el día en que, víctima de un ataque, se derrumbó en una calle de Turín. Allí vivía solitario, abandonado del mundo—sólo unos pocos amigos lejanos lo atendían—, quien venía a formular una nueva valoración del hombre y de la vida. ¿No sigue aún solitario? ¿No continúa dando la mano, por encima de toda grey, a unos pocos amigos?

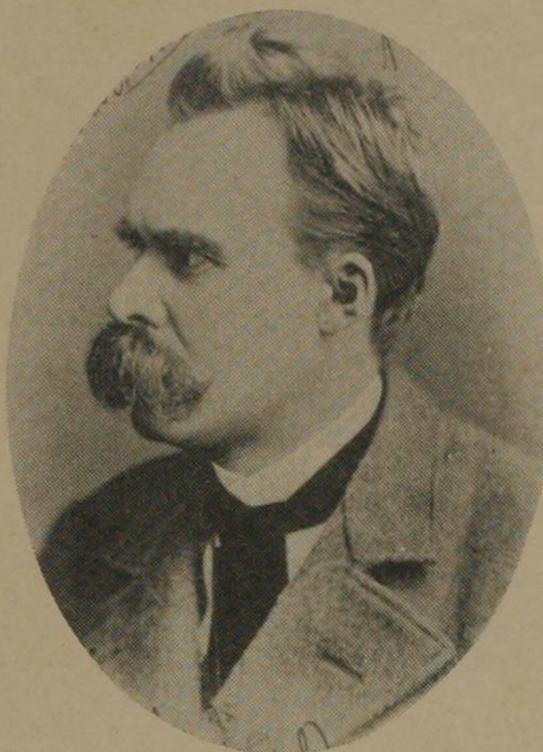
No cometamos la pueril torpeza de apiadarnos del gran enemigo de toda blandura, de toda lástima. Al revés, habría que felicitar a Nietzsche por haber logrado su intención. Vino a entenderse con unos pocos, y estos pocos—buenos centinelas—fueron atisbando la presencia en el mundo del creador de Zaratustra. La gran filosofía del siglo xx está llena de Nietzsche: alguien, mejor que yo, podría sin gran esfuerzo demostrarlo, porque el tema no es tan menudo que pueda siquiera bosquejarse en este apunte. Sólo me proponía dedicar a la memoria de Nietzsche un breve homenaje, subrayando no una queja, sino precisamente todo lo contrario, un parabién. Se han cumplido—repito—sus deseos. Sus amigos no se agrupan, porque no deben agruparse; sus adversarios se agrupan, porque su espíritu es así, de grupo. Los primeros toman el aire en las colinas del pensamiento y los segundos se sumen hasta los ojos en los tremedales de la amarga impotencia, del implacable resentimiento, fuente envenenada de las cuatro quintas partes del pensamiento humano. Del lado del Nietzsche no pueden alistarse los que se afirman en lo heredado y no en lo por ellos adquirido, en lo que poseen y no en lo que son.

Nietzsche es para el mundo de los que aspiran al ordenado sosiego, y después a la felicidad perpetua, como ese negro toro que de repente asoma en los paisajes bucólicos donde se merienda y se ríe según las normas. Nietzsche derriba ese tinglado ético que coloca en una dicha presente—o futura—todo el sentido de la vida. Este concepto de la existencia humana no puede decidir en su valoración, en su jerarquización. Ni menos puede valorarla un posible y eterno epílogo feliz, incontrolable. Sería explicar una vida por lo que le destruye, sería afirmarla con una negación...

Pero es largo de exponer este modo nietzscheano de valorar la vida. Baste con repetir que para Nietzsche ni la felicidad ni siquiera la virtud pueden proporcionarnos una escala verdadera con que medir esos valores. Para ello únicamente sirve la propia *grandeza interior*. Insisti-

Ante un aniversario

= De La Voz, Madrid. =



Nietzsche

Tres discursos de Zaratustra

De las moscas de la plaza pública.—«Huye, amigo mío, a tu soledad! Te veo aturdido por el ruido de los grandes hombres y acibillado por los agujones de los pequeños.—Dignamente saben callarse contigo los bosques y las peñas. Aseméjate de nuevo a tu árbol querido, al árbol de ancho ramaje, que escucha silencioso, suspendido sobre el mar.—Donde cesa la soledad empieza la plaza pública; y donde empieza la pública empiezan también el ruido de los grandes cómicos y el zumbido de las moscas venenosas.—En el mundo las mejores cosas no valen nada sin alguien que las represente; el pueblo llama a esos representantes grandes hombres.—El pueblo comprende mal lo que es grande, es decir, lo que crea. Pero tiene un sentido para todos los representantes y cómicos de las grandes cosas.—El mundo gira alrededor de los inventores de valores nuevos; gira invisiblemente. Pero alrededor de los cómicos giran el pueblo y la gloria: así «va el mundo».—El cómico tiene espíritu, pero poca conciencia del espíritu. Cree siempre en aquello que produce más efecto en los oyentes y que los induce a creer en él.—Mañana tiene una fe nueva y pasado mañana otra más nueva. Posee sentidos rápidos como el pueblo y temperaturas variables.—Derribar, a eso llama demostrar. Volver loco: a eso llama convencer. Y la sangre es para él el mejor de todos los argumentos.—Llama mentira y nada a una verdad que no penetra más que en oídos finos. Verdaderamente él no cree más que en dioses que hagan mucho ruido en el mundo.—La plaza pública está llena de bufones atronadores... ¡y el pueblo se vanagloria de sus grandes hombres! Son para él los dueños del momento.—Pero el momento los apremia, y ellos te apremian a ti. También a ti te exigen un sí o un no. ¡Desgraciado! ¿quieres colocar tu silla entre un pro y un contra?—No tengas celos de esos espíritus apremiantes y absolutos, ¡oh amante de la verdad! Jamás la verdad se ha colgado del brazo de un espíritu absoluto.—Vuelve a tu asilo, lejos de esa gente atropellada: sólo en la plaza pública le asedian a uno con el «¿sí o no?»—Las fuentes profundas tienen que aguardar mucho tiempo para saber *lo que* ha caído en su profundidad.—Todo lo grande pasa lejos de la plaza pública y de la gloria. Lejos de la plaza pública y de la gloria vivieron siempre los inventores de valores nuevos.—Huye, amigo mío, a la soledad; te veo acibillado por moscas venenosas. Huye, hacia donde sopla un viento recio!—¡Huye a tu soledad! Has vivido demasiado entre los pequeños y míseros. ¡Huye de su venganza invisible! Para ti no son más que venganza.—¡No levantes más el brazo contra ellos! Son innumerables, y tu destino no es ser mosqueador.—Innumerables son esos pe-

(Pasa a la página 223)

mos: no lo que se posee, sino lo que se es. Y la vida de una sociedad alcanzará su legítima cumbre cuando en ella pueda ser producido un número elevado de individuos patentemente grandes. Nietzsche sale al encuentro de los que consideran a los hombres como de una misma talla; todos grandes o todos pequeños, pero todos iguales—almas *de topo* llama a los *niveladores*—. Pero acomete con más brío a los que rebajan lo superior al nivel que les acomoda, y sitúan el resto del mundo, escalonado, bajo ese arbitrario nivel: el suyo. Son los que Nietzsche llamaba *filisteos de la cultura*. Por fin rechaza a los — irremediablemente mediocres — hombres de sociedad, a los ruines, a los bufones, a los perezosos, a los desesperanzados, a los hombres sólo capaces de reacción, nunca de acción... Y proclama la excelsitud del individuo de máxima pujanza, de intensidad plena y rica: la *grandeza interior*. Si todos los hombres son otras tantas voluntades de afirmarse y dominar—comenzando aun por aquellos que afirman su misma esclavitud—, el valor supremo vital radicará en aquellos hombres cuya voluntad de poder sea más fuerte. Por eso el superhombre es para Nietzsche la corona del mundo.

¡Cómo se falseó por los interesados el concepto nietzscheano del superhombre! No faltan—los más ruines—quienes sólo vieron en esta afirmación de la grandeza básica un trivial fenómeno de soberbia; ¡cómo si la humildad de los que así piensan no tuviese podridas las raíces! Precisamente esta grandeza comienza por nutrirse de alta disciplina, de eliminación dolorosa de toda facilidad, de toda pendiente hacia lo blando—hacia lo injusto—. Porque no es grande el hombre juguete de un vicio o de una pasión, ni el indisciplinado—llamado *libre* por quienes desconocen la ciencia de la verdadera libertad—. Grande es el hombre fuertemente encadenado por su propia libertad, el apto para regirse y regir a los otros, el hombre vidente que cada día sorprende en sí mismo no una meta ganada, sino un signo nuevo por descifrar, una proclividad que resistir. La grandeza del hombre se mide por su sabiduría en valorarse como se valora un ente ajeno, de estimarse con la misma frialdad con que se estima un ser aparte, de espaldas a todo elogio o censura exteriores; por su capacidad también de ayudar a los otros, no por lástima y por goce, sino por superabundancia de energías; de tratar a los débiles como débiles y a los iguales en vigor con la misma rigidez y dureza que a sí mismo. (Véase el ensayo de Jorge Brandés recientemente traducido al español, y los de Simmel y Pfander, anteriormente traducidos y publicados, entre otros).

En definitiva: esta grandeza se mide por la cantidad de responsabilidades que arrostra. No creais en la grandeza de un hombre que ante sus opiniones y sus actos no sitúa valientemente su pro-

pia piel. ¿Es esto soberbia? Es afán de exaltar al hombre, de lograr de él un máximo de rendimiento espiritual, de despojarlo de toda farsa, de dejarlo solo y desnudo ante su propio—inapelable—tribunal.

Benjamín Jarnés

Cinco minutos de castidad

=Envío del autor=

Fue mi amigo Teodoro quien primero me habló de LAS CRISTERAS. ¡LAS CRISTERAS! ¿Por qué dentro de esta palabra apelmacé inmediatamente los retazos de religión e historia sagrada que el maestro me alargaba cada día en el colegio? Alguien dirá que pudo ser por esa raíz cristiana, de Cristo, que tiene tal vocablo. Pero, no; absolutamente no.

Teodoro me las describió a grandes rasgos. La mayor: veintitrés años, alta, pálida, cabellos castaños, burda fisonomía de sufrimiento, gruesa boca golosa, con extrañas venillas de hombre en las aletas de la nariz. La menor: diez y ocho años, también alta, altanera, brillantísimos los ojos y brillante el pelo negro, manos con blancura de haber vivido siempre en el agua, y una fina cicatriz que adornaba escandalosamente bien su barbilla grácil. Además, me indicó la situación precisa de la casa y la manera de llamar, y hasta me dijo la mínima tarifa. Así es que, después de todos estos detalles, jamás podía yo dedicarme a pensar en Cristo o en quienes llevaran su nombre desfigurado.

Y sin embargo.... «Cristo padeció por nosotros; a Cristo lo crucificaron todos; Cristo murió por redimir los pecados de los hombres». Y sin embargo.... «Hay que recordar, entre otros, dos Cristos célebres: el de Velázquez y el de Holbein; sobre todo el de éste, por el sereno perfil del rostro ya deshumanizado...»

Cada semana bajaba de la cordillera de los Andes un sábado oloroso a yarumo y plátanos, a conejos y venados. Desde temprano cogía yo mi palabra LAS CRISTERAS y la iba llenando con aprendidos trozos de religión, de historia sagrada y de un ejercicio espiritual muy lúgubre que rezábamos en casa los viernes por la noche. Al mismo tiempo recordaba: «La mayor tendrá veintitrés años; es alta, dura y cuando.... La menor, de unos diez y ocho años, parece más ardiente y dominadora, pero lo que yo creo es que sabe menos. La casa queda al lado de la antigua trilladora de café. Hay que llamar por la ventana, cuando el agente de policía va a tomar su copa en la tienda de la esquina. Después, no olvides, ni un centavo más de un peso». ¡Qué bien! ¡Horas embarazadas de siglos y de felicidad!

Me enredaba en el zumbido del sábado de mercado y recorría toda la plaza llevando bien apretados mis ahorros. Cuando llegaba al final de los puestos de baratijas y cacharros reía con fuertes carcajadas interiores al ver a un hombre que vendía Cristos de madera, tallados por él en todos los tamaños y en un solo desesperador modelo: cruz barroca, espinas de verdad, sangre de anilina roja y clavos de cabeza cuadrada. La gente miraba con lástima a los Cristos y a su dueño, y algunos hombres se decían en secreto: es el padre de LAS CRISTERAS. Al escucharlos reía más y más, y apretaba mis centavos mientras oía una voz eterna: «Hay que llamar por la ventana, cuando el agente de policía va a tomar su poca en la tienda de la esquina». ¡LAS CRISTERAS! ¡Ja, ja, ja! Y el folleto de un lejano museo: «Dos Cristos: el de Velázquez y el de Holbein. Sobre todo el de éste, por....»

¡Qué alegría—untada a veces de femenil tris-

teza— atropellaba entonces mis horas! Sobre el mundo inmenso reventaba mi hermosa virilidad. Veía yo—después de ver las mujeres—las curvas de los árboles, las redondeces de las nubes y aun la comba del cielo con unos ojos ¡ay! que me sacó después la vida.

Dormía en un cuartico blanco y estrecho, con ventana al jardín explosivo de colores. Por las mañanas caían los pájaros como flechas ávidas sobre los trocitos de sol que iban sacando a la vida cada inocente hoja de los árboles. Cuando los cantos de aquellas aves y el intruso dardo mañanero llegaban sin permiso hasta mi lecho, sacudía las mantas y me vestía para ir corriendo al colegio. Así es que de cada día sólo me quedaba sembrada en el alma aquella lanza de oro que madrugaba a herir mi bella noche.

Y por eso, cuando al acabar cada semana o cada mes me erguía solitario y recordativo sobre la última hora moribunda, veía brotar en un segundo aquel brillante haz de días como luminosas cañas u hojas lanceoladas, que iban naciendo y creciendo desde la misma honda y nocturnal raíz.

Mi alegría se agigantaba al saber que cuando completara el peso—«ni un centavo más»—en una de aquellas hojas llegaría ensartada la menor de LAS CRISTERAS, cual corazón de sangre atravesado por esmeraldina espada.

Y llegó el día: un jueves cálido, ágil, apolíneo, que se anudaba como turbante de fuego a las copas de los árboles y a la torre de esa iglesia triste, donde en mi niñez recé ante un Cristo de cruz barroca y espinas de verdad.

Entré.

Sólo estaba la mayor de las hermanas, alta y de cabello castaño. Se convenció de mi propósito y de mi única suma.

—Bueno. Espéreme un instante ahí dentro—, y marchó al interior de la casa a cumplir quien sabe qué exóticos rituales.

Pasé al cuarto del placer y del dolor, sobre cogido como un profano en la iniciación de los antiguos misterios. Advertí al momento que to-

dos los ruidos descansaban allí, esperando la noche para saltar, como resortados muñecos, desde el gramófono, desde las botellas arrinconadas, desde la cama enorme, elefantina, agobiada de sugestión y de universo.

Pero la más terrible, lo que se me hundió en los ojos y en el alma, fue esa lamparilla de aceite, dulce y anémica, que en un profundo rincón trataba de alumbrar una pequeña estampa de la Virgen del Carmen. Oía a veces, lejanamente, el chisporroteo de la mecha, mientras veía temblar los raquíuticos dedos de aquella luz, mano misteriosa que se alargaba para acariciar o para incendiar el rostro de la Virgen. Quedé perplejo, mirando el rincón siniestro y santo, donde una apacible noche se desquitaba con humildad del fragor del día externo, en tanto que la lucecita—¿sol, luna, estrella?—punzaba débilmente el ruedo de la sombra que se empeñaba en aplastarla.

De pronto se agitó la llama y dió un leve chillido de pájaro que se ahoga. Sentí el pavor de los mundos que se desploman en nuestros sueños; conocí el erizamiento del afiebrado que ve un reloj cuyos dos punteros se persiguen locos, marcando un deenfrenado galopar de horas; tuve la opresión cordial de ese inválido a quien un ladrón de pesadilla va a hundir su puñal en el pecho. Se nubló mi vista, se descentró mi cabeza y me di cuenta de que estaba prisionero en un voltigeante caracol de ébano, dentro del cual oí el crujir de los segundos que rodaban hacia el angustioso agujero de la eternidad.

De repente vi dos manos enormes, gigantes, que iban a agarrar la lamparilla, mientras unos labios gruesos se arqueaban para lanzar su tormenta de viento sobre aquella débil luz. Me interpuse desesperado, frenético, impidiendo la muerte de esa mecha, que fue como impedir la desconexión de la fuerza ignota que deja rodar a nuestro mundo.

Yo sabía que la mayor de las «CRISTERAS» estaba allí, que me hablaba y me esperaba. ¿Pero cómo salvar aquel profundo y ancho abismo que se abría a mis pies? ¿Cómo salir de ese caracol de ébano donde rompía la resaca del tiempo y del espanto?

«No olvides, ni un centavo más». Por sobre el abismo alargué mi mano flaca y tocada de santidad, de donde ella cogió el dinero del pobre Judas que hay en mí.

Luego, en un heroico esfuerzo y ayudado por la ira de esa mujer, salí a la calle y me arrojé entre los brazos de aquel hermoso jueves que aún vendaba los ojos de la torre, temblando todavía al pensar que, por mi culpa, pudo morir durante cinco minutos esa débil mano de luz que tan extrañamente se alargaba hacia el rostro de la Virgen.

J. Restrepo Jaramillo

Medellín, Colombia.

Una novela de César Falcón...

(Viene de la página 216)

dose, a medida que Falcón ha avanzado en el severo esfuerzo de superarse, de disciplinarse con la pedagogía exigente de la civilización anglo-sajona.

¿Por qué complejo y difícil proceso, el criollo bromista, bohemio y gaudiente, proclive a la sensualidad y al desorden, nulamente invitado a este esfuerzo por el ambiente limeño, se elevó primero, venciendo su propia intoxicación literaria y decadente, a la abstracción de la doctrina socialista, se contagió enseguida del más más puro y rigorista mesianismo—el de la Revolución del 19, como la llama André

Chamsón— para consagrarse luego, sin aflojar su labor periodística, a una empresa como la de *Historia Nueva*? El caso de este escritor, movido siempre por la más noble inquietud, que ha encontrado en el trabajo atento, austero, creador, ese equilibrio moral y religioso, que ni la educación ni el ambiente pudieron comunicarle, merecerá siempre ser citado como uno de los más singulares casos de superación de todas las barreras.

El Pueblo sin Dios, es un testimonio de acusación. Falcón y yo coincidimos en este destino de la requisitoria, del procesamiento.

Al super americanismo de los que, recayendo en el exceso declamatorio, el juicio superficial de las viejas generaciones, se imaginan construir con mensajes y arengas una América nueva, soberbiamente erguida frente a una Europa disoluta y decadente, preferimos la valoración estricta de nuestras posibilidades, la denuncia implacable de nuestros defectos, el aprendizaje obstinado, la adquisición tesonera de las virtudes y los valores sobre las cuales descansa la civilización europea. Desconfiamos del mestizo explosivo, exteriorizante, inestable, desprovisto espiritualmente de los agentes imponderables de una sólida tradición moral.

El relato de Falcón, versión sincera de sus propias impresiones de una ciudad de provincia, estagnada, somnolienta, groseramente material, tristemente alcohólica y rijosa. El juez prevaricador e inmoral, el subprefecto analfabeto y matón,— pequeño, larvado y oscuro Primo de Rivera en barbecho, con su bastón de dictador en la maleta—, el hacendado sordido y acaparador, el cacique provincial, todos los personajes de *El Pueblo sin Dios*, corresponden a especies bien definidas de la criolledad. Un relente de baja y torpe sensualidad, sin idealización, sin alegría, sin refinamiento, flota pesadamente en la atmósfera del burgo mestizo. Poblaciones que no continúan la línea autóctona y en las que no reaparece sino negativa y deformadamente el perfil indígena. Y que tampoco conservan, en su fondo espiritual, la filiación española, medioeval, católica. «Pueblo sin Dios» las llama Falcón. Podría llamarlas, un poco más abstractamente, «Pueblo sin Absoluto». Pueblo del que no puede decirse que es conservador, porque su espíritu no está honda, vitalmente adherido a nada. Pueblo al que, por está misma razón, le costará un esfuerzo terrible llegar a ser revolucionario. Porque el revolucionario es, en último análisis, un ordenador; y sólo los pueblos donde se da una fuerte fibra conservadora, se da también una verdadera fibra revolucionaria.

Sólo el hispano-americano que ha vivido en

el burgo francés, alemán, italiano, británico, etc., puede comprender el vacío, la informidad del burgo mestizo. En el industrial, el Ford o el Rockefeller, lo mismo que en el agitador, el Reed o el Debs, de Estados Unidos, es imposible no identificar la herencia, aumentada, sublimada, del puritano. ¡Y qué antigüedad y continuidad tienen en el revolucionario alemán, francés, italiano, los sentimientos y la entonación! Los motivos de su acción, de su heroísmo, de su fe han cambiado, con el curso de la civilización y la historia, pero su espíritu se ha templado en esa terca lucha secular, en esa disciplina ancestral y perseverante, a las que debe su tradición espiritual e ideológica. Colas Breugnon, puede encarar el destino con esa seguridad, rabelaisianamente acompañada por su franca risa, celta, que tan vigorosamente resuena en su novela,— ¡no, su biografía!—. Se le siente respaldado por una estirpe de macizos artesanos. Su oficio le viene de la época de las corporaciones. El más puro y mejor descendiente del tomista aristocrático, del dominico racionalista, es, sin duda, el enérgico y poderoso dialéctico del socialismo, que tan exento nos parece en su discurso de todo lastre conservador. Una tradición dinámica ha mantenido en la estirpe, a través de generaciones quizá humildes y oscuras, este don de absoluto, este poder de creación y de ideal.

Falcón me siente «otro desesperado del pueblo de Dios». Probablemente no se engaña. No sabe él hasta qué punto las páginas de su relato han exacerbado mi preocupación más dramática y profunda! Falcón ha escrito este libro, fuerte y sincero, con su sangre. Hay en él más pasión, más dolor por el Perú que en todo lo que aquí se bautiza con el nombre convencional y equívoco de nacionalismo. Pero, por esto mismo, no encontrará mucho consenso ni mucha resonancia. Lo que no impedirá a César Falcón seguir siendo uno de los hombres que dan fe de la presencia espiritual del Perú en el mundo.

José Carlos Mariátegui

Ensayo sobre un poeta suicida

(Vladimiro Mayakovski - 1894 - 1930)

=De Revista de la Habana, La Habana=

y 2.— Véase la entrega anterior.

Después

Paul Morand, en uno de sus famosos «cuadros de costumbres del Siglo XX» nos presenta un Mayakovski modificado en su nacionalidad y atributos externos, que conviene intrínsecamente con la visión de Trotsky sobre el poeta y su obra.

Mayakovski emprendió el año de 1925, un viaje fuera de Rusia. Antes, presidió las actividades de una casa editora del Soviet. Editaba también la revista *Lef*, que luego se convirtió en *Novy Lef*. Vino a América. Pasó por Cuba. Estuvo en La Habana. Escribió poemas sobre nuestro pueblo y nuestro estado, que al decir de quienes los conocen, reflejan admirablemente la síntesis de nuestro momento económico. Fue a México. Más tarde a los EE. UU.. «El espectáculo de ese asiento del Capitalismo le produjo indignación, que luego expresó, aunque de manera poco impresionante», dicen Deutch y Yarmolinsky.

Volvió a la U. R. S. S. Y ya sólo grandes

acontecimientos de carácter mundial movieron su estro. Escribió otro poema de grandes proporciones cuando el desastre del dirigible «Italia» y el rescate de los naufragos del mismo por aviadores y buques enviados por el Soviet.

Además, *Monde*, 12-5-30, en la hora necrológica que consagra al recién desaparecido cantor de la lucha del proletariado, menciona el poema *Karachó* (Está bien!), en el que se narran y se exaltan el trabajo y el esfuerzo constructor del pueblo ruso, pasado ya el período de la guerra civil y trastornos subsiguientes.

Nada de la labor de Mayakovski nos es conocida en castellano, si se exceptúan unos versos que de la *Aventura Extraordinaria* ofrece Julio Alvarez del Vayo en su libro *La Nueva Rusia*. En inglés y en francés pueden encontrarse extensos fragmentos de sus más famosos poemas: *150.000,000*, *Guerra y Paz*, *Misterio Bufo* (poema teatralizado), *Marcha a la Izquierda* y *La Nube en Pantalones*.

Las últimas creaciones literarias de Mayakovski de las que tenemos noticias son dos piezas teatrales. Una titulada *Casa de Baños* y la otra *La Chinche*, cuyo argumento y propósito describe el notable escritor español Rodolfo Llopis en su reciente libro sobre Rusia *Como se forja un pueblo*.

Mayakovski y Cuba

La primera vez que oí hablar de este poeta ruso que acaba de suicidarse en Moscov, fué en México. El año 1926. Diego Rivera, el enorme y genial pintor mexicano, en su simpática casa de Mixcalco, me habló de un amigo suyo, —escritor comunista—, quien acababa de visitar su país, habiendo pasado antes por este puerto de La Habana. Diego refería cómo era el escritor físicamente. De más de 6 pies de estatura. Con aspecto de *boxer* ante que de poeta. Diego decía: «Más alto que yo», y elevaba su poderosa diestra por encima del inmenso tejano que le cubría la cabeza. Los retratos del poeta confirman la impresión de que era un hombre que poseía extraordinario vigor físico.

Añadía Rivera que el ruso había escrito unos poemas admirables sobre Cuba, en los que «estaba todo el rigor del trópico. Todo el color brillante de La Habana, pero también todo el dolor de un pueblo condenado a morir entre las fauces de un imperialismo económico voraz». Entrecomillo las anteriores palabras porque las transcribo tal como las recuerdo de labios del pintor amigo.

Más dijo éste. Contó que esos poemas fueron traducidos al español por el poeta mexicano José D. Frías, y que él creía que habían sido publicados en alguna parte. Los buscamos en todas las revistas y publicaciones coetáneas a la estancia del poeta ruso en México. No los encontramos. Por último, una tarde de septiembre, y en el Hotel Mancera, cuando conocí al «vate Frías», le pregunté sobre el destino de esas traducciones suyas de los poemas del escritor ruso, y contestó que nunca se habían publicado y que posiblemente las tendría entre sus papeles. Ofreció buscarlas y a pesar de todos los empeños no le fue posible dar con ellas.

Quede ya para siempre fijo el hecho de que uno de los poetas de más fama merecida en los días que corren, en el Mundo, al pasar por La Habana se impresionó de tal modo con nuestro pueblo y nuestro instante, que recoge sobre el papel sus emociones, y las trasmite a su gente. El escritor fue Vladimiro Mayakovski y su gente son nada menos de 150.000.000 de hombres que viven todos en el territorio de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviets.

Una instantánea veraniega

Hace algunos meses apareció en una revista de actualidad alemana, una fotografía del poeta suicida. Fue tomada en un balneario de la Crimea donde se reponía Mayakovski de larga enfermedad nerviosa. Cubre el escritor su vigoroso cuerpo con un traje de baño, sobre el que tiene puestos unos pantalones blancos. Lleva el pecho y los brazos al descubierto. La cabeza bien rapada. Está sentado en posición de supremo abandono. Mira la lente con positivo disgusto. Se pueden apreciar en esta instantánea, todos los rasgos dionisiacos de la naturaleza de Mayakovski, quien no obstante presenta ya en la actitud toda, señales del evidente cansancio absoluto que lo estaba ganando.

Frente, sentada en un banco—más cómodo que la silla, desde luego— ¡hay que ser galantes hasta en la URSS!— hay una mujer pequeña que posiblemente no tiene aún veinte años. Su carita redonda ríe en una risa extraña. Esa risa que tienen siempre las mujeres cuando saben

que un hombre está enamorado de ellas. La *komsomeletza* sí mira al fotógrafo, satisfechísima. Cubre su cuerpo ágil y joven —no vayais a creer que es una maravilla, amigos; pero, ¡esos dos adjetivos qué maravilloso valor tienen!— con un ligero vestido blanco sin pretensiones. Ríe la mujercita sentado en el banco frente a Mayakovski. Su boca «dibujada cual nervioso colibrí», como afirma una formidable canción cursi mexicana, se abre en feliz risa. Con un gesto felinamente femenino la mujer se lleva la mano derecha a recoger algún mechón de pelos escapados. Y ríe.

En ninguna otra fotografía presenta Mayakovski la cara de asustado que tiene en esa instantánea que reproduce la revista alemana. Se afirma por quienes le conocieron que era audaz, valiente, altivo. El único comentario que cabe a la escena que recogió la lente del fotógrafo en cuestión, es repetir —bajito— para que no se enteren las compañeras de esa mujer el famoso verso de Kipling:

«*the female of the species is more deadly than the male*».

El suicidio

¿Quién hubiera podido suponer en este poeta —reverso e imagen, a un tiempo, de Kipling joven— un imitador del gesto de Werther y de Larra, de Nerval y de Yessenin? Mayakovski, como el único poeta citado, —compatriota suyo y de su misma generación literaria—, no perdió nada con la Revolución. Al contrario, ganó mucho. A diferencia del ex-marido de la Duncan, sí era un revolucionario, al menos dentro de la órbita literaria. Si Trotzky al referirse al suicidio de éste pudo establecer la antítesis de cualidades diciendo que era Yessenin, «íntimo, tierno, lírico», mientras que «la Revolución es pública, épica y catastrófica», nunca tres adjetivos pudieron ser aplicados con más exactitud a Mayakovski. Este sí que era «público, épico y... catastrófico». Se explica que la Revolución haya destrozado a Yessenin, pero a Mayakovski?....

¿Qué motivos pudieron existir para que un

hombre como el futurista de 1912, el niño-agitador de 1908, el preso de 1910, el anti-militarista de 1914, el combatiente de 1917, el propagandista de la *Rosta*, el apasionado de siempre por la lucha proletaria, saliera de este mundo, como aquel cantor tan tiernamente lírico?

No tenía el poeta que acaba de suprimirse más que 36 años. Antes de apretar el gatillo del arma liberadora, escribió unas cuantas líneas que finalizaban: TERMINADO EL INCIDENTE.

Cabe una duda. ¿Se refería Mayakovski al «incidente» inmediato de su eliminación voluntaria de la Tierra, o a la terminación total —un poco brusca— de su vida entera de hombre? De hombre, fijémonos bien, nacido en los postreros años del siglo XIX, criado en la Europa de «avant-guerre», de temperamento dionisiaco por sus condiciones físicas, apasionado de una causa noble, pero quizás acostumbrado —mal acostumbrado desde luego— a ciertas satisfacciones corporales que no podía llenar en un medio social completamente renovado.

Yessenin escribió su último poema con sangre de sus propias venas. Mayakovski redactó antes de suicidarse un pequeño alegato contra el suicidio. «Yo bien sé, amigos míos, que esta no es forma de solucionar ningún problema, y menos para un revolucionario. Pero no tengo más remedio que utilizarla. El único consuelo que me llevo es que ustedes continuarán trabajando por hacer un mundo mejor». ¡Siempre el propagandista!

La noche antes de su muerte —dijeron los cables— estuvo en una orgía. Lo amaban las mujeres. Una, la de siempre. La otra, la nueva. La misma que la de siempre. No obstante el poeta se apartaba de la «línea general». El Partido (así con P. mayúscula) lo vigilaría. Su vida, su vida egoísta de poeta, estaba contra el Partido. Y el poeta, hombre de Partido, antes de suicidarlo traicionó a su vida.

Además, Mayakovski creía que pensaba en dialéctica. Hay que pensar en dialéctica en nuestros días, dice un personaje de Arosev. Y. V. M. razonó: tesis: Una mujer. Antítesis: Dos mujeres. Síntesis: Ninguna mujer. Todavía

más. *La antinomania irreductible* de «yo bien sé, amigos míos, que el suicidio no resuelve nada....» la solucionó *contradictoriamente*. Apelando a él y protestando de él. Pura política materialista, pero de la clase —tan personal!— que aplicaba en su poema 150.000,000. La misma que le combatía Trotzky.

El suicidio de Mayakovski ha sido considerado en todo el territorio de la U. R. S. S. como una desgracia nacional. Más de 750.000 personas desfilaron por delante de su ataúd, «rojo como la sangre», expuesto en la Casa de los Escritores de Moscú, donde hasta hace poco antes de su muerte, según el testimonio de Alvarez del Vayo, tronaba el poeta, emitiendo en alta voz sus juicios y opiniones sobre todas las cosas humanas.

Como el suicidio constituye una gravísima transgresión en el rígido código ético de los comunistas, — el mismo Mayakovski criticó acerbamente la «cobardía» de su delicado amigo Yessenin a raíz de la muerte voluntaria también de este notable poeta—, fué objeto de numerosas discusiones, entre los dirigentes de algunos periódicos especialmente destinados a la juventud soviética, la forma en que se daría a la publicidad la noticia del suicidio del poeta que con Demyan Bedny compartía la admiración y el afecto de 150.000,000 de hombres. Fué, precisamente este último, quien halló la «fórmula»: Mayakovski se había quitado la vida en un momento de locura transitoria.

Que Mayakovski hizo bien, nos lo dicen los 100.000 asistentes a su entierro. Muchos de ellos pelearon junto al hombre en los días de Octubre. En la guerra civil —en la épica lucha contra Wrangel, Denikin, Koltchak; contra Inglaterra, Francia, Japón, los Estados Unidos; en la guerra contra Polonia— vieron como actuaba el hombre y el poeta. La mayor parte se saben sus cantos de memoria. Y si ellos, hombre de Partido, soldados como el Poeta suicida, lo absolvieron, ¿cómo puede nadie echarle en cara ese modo de salirse de la vida? Yo, por mi parte, lo justifico. Hubiera procedido como él.

José A. Fernández de Castro

La Habana, 1.º de Mayo de 1930.

Poesías de Mayakovski Izquierda, marchen!

1

¡Adelante! ¡Marchemos! ¡Marchemos!
¡Basta de frases y de parches!
¡Hay que poner fin a la cháchara frívola!
¡Tiene la palabra el Camarada Mauser!
Y ustedes, viejas leyes del tiempo de Adán y Eva—
¡Viejas leyes vetustas! ¡Las vamos a romper!
Al mundo lo despedazaremos—
¡Adelante! ¡Adelante!
¡Cacémoslos! ¡Cacémoslos!
¡A la izquierda!
¡A la izquierda!
¡A la izquierda!

2

¡Golpeemos las calles con pasos rebeldes!
¡Cada vez más altas, nuestras cabezas duras!
Arrasaremos todas las ciudades del planeta
Al surgir el segundo diluvio.

Días abigarrados, éstos.
Lento se arrastra el carromato de los años.
La velocidad es nuestro Dios.
Y tambores son nuestros corazones.

¿Quién puede igualar el brillo de nuestros oros?
¿Morderán al fin, las balas zumbadoras?

Responderemos con cantos como si fueran armas.
Oro macizo—es nuestra voz tonante.

Laquea el prado, verdor.
Alfombra los días, césped;
Enjaeza los años veloces, firmamento,
Bajo el yugo de un arco iris.

Mirad a los cielos, que bostezan de tedio:
Los hemos liquidado en nuestros cantos.
¡Yey! Gran Rebelde, exige
Que nos icen vivas hasta el cielo.

¡Bebamos! ¡Gritemos!
La primavera ha inundado nuestras venas.
¡Corazón, exáltate, palpita!
Nuestros pechos son como de bronce al fundirse.

150 millones

(Fragmentos)

1

Ciento cincuenta millones:
Es el nombre de quien compuso este poema.
El zumbido de los tiros y el estallar de las granadas,
Es su ritmo—
Borbotones de fuego en zig-zag
Minas que estallan y hacen explosión.
Una casa que cae sobre otra casa—
Yo no soy sino una máquina de hablar.

Las piedras de la calle están girando en torno.
Imprimamos en el suelo las huellas
De nuestros pies
Como si fuesen letras temblequeantes.
Ciento cincuenta millones
Pisad duro, pisad fuerte,
Y así se imprima esta edición.

2

¡Abajo el mundo del romanticismo!
¡Abajo los cantores de elegías derrotistas!
¡Y la fé pesimista de todos nuestros padres!
¡Abajo la locura de la propiedad en todas sus formas!
Hay que ser atléticamente valientes,
Con los músculos tensos.
¡Llenos de la religión de la acción!
¡Vuestra alma!
¡Vapor, aire comprimido, electricidad!
En cuanto a los que dan limosna
Y no quitan los ojos del cepillo—
¡Ove el hacha dé cuenta de sus cabezas calvas!
¡Matad! ¡Matad!
Bravo: Haremos ceniceros de los cráneos vacíos.
¡Adelante! ¡Abríos paso al frente con vuestros codos—
Como si fuesen picos entre los costillares de todo el que se oponga!
¡Hundid los puños en las quijadas de los caballeros vestidos de
chaqué como si fueran a una fiesta de caridad!
¡Limpiadles las narices con desollinadores!
Haced tabla rasa de todos los valores.
¡Hunde bien tu diente, proletario,
En el paso del tiempo!
Abrete paso con los dientes a través de la cerca.
¡Nuevos rostros! ¡Nuevos sueños!
¡Nuevos cantos y visiones nuevas!
Estamos construyendo nuevos mitos
Estamos fundiendo la nueva eternidad.

3

A todos aquellos que se golpean los pechos,
Proclamemos:
«Estamos cansados de nutrirnos con carnes putrefactas».
¡Por cuánto tiempo aún?
¡Ya basta! ¡Ya basta!
¡Harto! ¡Harto! ¡Harto!
Al fin vislumbramos el final!
No queremos, ni podemos, hacerlo más.
¡Unámoslos!
¡Venid desde el fondo de los siglos!
¡Guarden el paso! ¡Marchen!
(Si estás conforme, Camarada
pon tu firma aquí....)
La Venganza será Maestro de Ceremonias,
El Hambre organizará la fiesta
Y habrá bayonetas, pistolas y bombas.
¡Al frente! ¡Guarden filas!

4

Controlar los registros
De toda la Creación del Universo,
Es una cosa útil,
Eúena.
Lo haremos!
Lo inútil
Al Diablo!
Acabaremos con el mundo romántico!
No habrá más pobres
Acapararemos la riqueza del Mundo!
Mataremos lo viejo.
Sí! Devastaremos salvajemente el Pasado!
Hagamos sonar en el torbellino del trueno
Los mitos nuevos.
La barrera del Tiempo la romperemos a patadas!
Pintaremos el Cielo con millares de arco-iris!
En el Mundo Nuevo
Florecerán las rosas y los sueños
Que los poetas han previsto.
Todo
Para la alegría de nuestros ojos
De niños grandes.

Prenderemos allí
—porque las inventaremos—
Rosas nuevas
Rosas hechas de capitales en los pétalos de las plazas públicas!

5

Todos los que portan el estigma de las torturas viejas
Que vengan a la casa del Verdugo del Hoy
Y así aprenderán
Que los hombres pueden ser tiernos
Como el amor que sube hacia la estrella
En un rayo de luz.
Nuestra alma será el estuario reunido
De mil Volgas de amor.
Que venga quien quiera
Se sentirá inundado del brillo de nuestros ojos!
Sobre las traiciones arteras
Lanzaremos los barcos feéricos
De Inventores poetas.

6

Como hemos escrito
Así será el Universo
En el pasado y en el presente,
En la Eternidad del Mañana
Y más tarde en la Eternidad de Eternidades de Edades Centenarias!
Lucha, canta
Y esa será la lucha final.
Millones! Más Millones!
Multiplicadlos por cien.
En las calles, en las casas
En el sol!

7

Lancémosle al Universo
Nuestras palabras —gimnastas de piernas sonoras—
Y veamos a Rusia
Que ya no es más un mendicante de cabellos piojosos,
Ni un montón de basuras
Ni un edificio en ruinas.

La Rusia
Toda entera
Es un Iván magnífico
Y su brazo
Es el Neva.

Sus talones, las estepas caspianas.

8

Nadie es autor de este poema mío.

Chicago

1

Chicago! Ciudad—
Construida sobre un tornillo!
Electro-dinamo-mecánica ciudad!
En forma de espiral—
Sobre un disco de acero—

2

A cada golpe de hora
Giras sobre ti misma—
5.000 rascacielos—
Soles de granito!
Tus Plazas:
Galopan hacia el Cielo
Dando saltos de millas,
—trepando con millones de hombres—
Tejidas de cables de acero,
Broadways voladoras.

3

Sobre las puntas de tus pestañas
Cuelgan luces eléctricas
Agrietándolas.
Firmas de humo en el aire
Inscripciones fosforescentes!

(Versión castellana de J. A. F. de C. y J. Z. T.)

Estampas

Los banqueros yanquis en las desgracias del Perú

= Colaboración directa =

Lo que hay de espectáculo en la caída de un régimen despótico, absorbe por completo la curiosidad pública. La película de las empresas periodísticas y cinematográficas lo difunde. Al mundo debe presentársele desde el jefe empingorotado del movimiento derrocador— recorriendo ufano en automóvil las calles convertidas en aclamación; sentado frente a la mesa donde se dan las primeras órdenes de gobierno—, hasta el populacho anónimo entretenido en tumbar los bustos y las estatuas del dictador caído, en asaltar las moradas de la canalla favorita de ese dictador. Ese espectáculo divierte al mundo, pero no le da ninguna enseñanza. Pronto el olvido y la indiferencia se señorean y el suceso que los pueblos debieron convertir en fuerza que les despertara su conciencia vigilante, pasa con lo fugaz del espectáculo.

La verdad que no se imprime en película es lo trascendental en esos sucesos históricos. La revelan quienes sin desconocer los posibles beneficios del cambio, no reparan sin embargo mucho en ellos, para hacer examen de lo que ha quedado. Cuando esos observadores, en acontecimientos sociales y políticos de nuestra América, tienen filiación genuinamente yanqui, despiertan el deseo inmediato de conocer sus juicios, lo que ellos tienen de realidad pura. Tal nos ocurre hoy con el escritor Lawrence Dennis, colaborador de *The New Republic*. El parecer del señor Dennis tiene un título sugestivo: *La responsabilidad de los Banqueros Americanos en los Males del Perú*. Mucho antes de la invitación hecha al Director de *Repertorio*, ya habíamos meditado en ese artículo y lo subrayábamos para el comentario.

Para el señor Dennis, el derrumbamiento del déspota Leguía es «un acontecimiento económico altamente significativo». Nos interesa sobre todo esta afirmación y la hacemos objeto de nuestro comentario, sin dejar de admirar sus juicios severos contra el régimen caído. Es económico el acontecimiento, porque los banqueros de los Estados Unidos abrieron sus bóvedas a Leguía y en diez años aumentaron la deuda pública exterior peruana en ciento cuatro millones de dólares. Esta circunstancia monstruosa lleva al señor Dennis a reflexionar en la necesidad de exigir a esos banqueros el acatamiento de principios más honestos en sus préstamos a los gobiernos de Hispano América.

No aparece de primero el escritor de *The New Republic* entre los que han señalado en los Estados Unidos restricciones contra los banqueros que surten de dólares a los gobiernos de estos países. Precisamente a la vez que subrayábamos el artículo del señor Dennis pensábamos en otro de Jackson Reed, animado de las mismas tendencias y expresada al mismo tiempo. Reed para pedir otra conducta a los banqueros de su país cita a Herbert Hoover, al Secretario de Co-

The New Republic
421 West 21 Street
New York City

September 11, 1930.

The Editor

Repertorio Americano

San José, Costa Rica

Dear Sir:

We are enclosing a copy of *The New Republic* containing an article, *What Overthrew Leguía: The Responsibility of American Bankers for Peru's Difficulties, which we believe may interest you. We shall appreciate receiving any editorial comment which you make on the article.*

Very sincerely yours,

The New Republic

Byron Dexter

mercio, no al Presidente. Hoover dijo: «Ninguna nación, como gobierno, pedirá prestado, y ningún gobierno prestará, y las naciones desanimarán a sus ciudadanos de que tomen prestado y de que presten, a menos que ese dinero sea dedicado a empresas productivas». Idéntica afirmación hace el señor Dennis cuando dice: «El capital que sale al exterior a producir dos hojas de césped allí donde antes crecía una, sirve al país en que se ha invertido y a la nación de donde proviene».

Bien, indiquen las citas nada más que la identidad de los propósitos. A los empréstitos quieren darles miras exclusivamente comerciales. Se engañan estos norteamericanos. El capital es el medio más eficaz de conquista. Y hacia la conquista van los Estados Unidos. Cuando esa conquista se ejercita sobre los países de nuestra América el oro se riega en millones, sin obedecer a principios morales. El caso de Perú demuestra que los banqueros son mucho más magnánimos al encontrar la blandura que les abra el camino de la penetración económica. Ellos dan todo el oro que se les pida y lo garantizan con la totalidad de los recursos económicos de un país. No les importa el destino

que se le dé. Mejor dicho, quieren que ese oro se filtre para que no fecunde ninguna empresa capaz de devolverlo. El señor Dennis deja en su artículo esta acusación tremenda: «*El Presidente Leguía casi no podía ignorar el hecho de que sus hijos y muchos de sus parientes y amigos, recibían millones de dólares como comisiones y ganancias en los empréstitos extranjeros y en los contratos de obras públicas. En ocasiones las firmas americanas pagaban directamente a su hijo y a sus amigos, las comisiones.*»

Esa monstruosidad de los banqueros norteamericanos es la que el escritor de *The New Republic* quiere fulminar. También el Secretario de Comercio Hoover la condenó. Pero este último ha vuelto sobre sus pasos y ya de Presidente, la ha fomentado y declara que es obligación de su gobierno dar apoyo al imperialismo económico. ¿Y cómo se expande ese imperialismo? Allí están los banqueros que sueltan a los gobiernos corrompidos torrentes de oro. Empréstitos y más empréstitos, esta es la política de la conquista imperialista del Norte. En vano ciertos hombres aspiran a librar al capital norteamericano del satanismo de la conquista. La realidad es otra. Ese capital obedece a los designios de los capitanes inescrupulosos que están moldeando el Imperio. Que el empréstito se esfume de cualquier modo, porque las garantías que él deja son perdurables y para que no decaigan, están los marinos.

No deben teorizar los espíritus de cierta independencia mental que en los Estados Unidos parecen aspirar a que se impongan principios de justicia y de moralidad al trato con los países de nuestra América. Cuando la realidad los ponga frente al destino civilizador que se arroga su nación, o la clase que la gobierna, todos esos ánimos generosos desaparecerán. Lo importante no es limitar los empréstitos, ni mucho menos impedir que lleguen a manos de los gobiernos desorganizados y rapaces. Sin empréstitos no habría penetración económica. ¿Y acaso no es este poder lo que los Estados Unidos persiguen tenazmente? Darles destino productivo a las millonadas de los banqueros sería colocar a estos países en una prosperidad que nunca han pretendido los políticos y los hombres de negocio del Norte. Ellos quieren la factoría, la colonia, la dependencia sumisa. De ahí que en naciones sometidas a gobiernos de pillos sea mayor el derroche de empréstitos. Si pueden, los Estados Unidos prolongan el gobierno de las barbaries, pero colmada la entrega de los recursos económicos, no les importa que sucumban. Los empréstitos fueron garantizados y para las garantías, los marinos.

Piensa el escritor de *The New Republic* en las nuevas generaciones de nuestra América cuando dice: «El capital que va afuera a dar al dictador la posibilidad de gastar dos dólares cuando sólo

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

gastaría uno, impone una carga indecorosa a las generaciones del futuro.» Sí, indecorosa e inhumana, porque roba a otras almas su derecho a la libertad. Y son esas generaciones nuevas las que con más vigor se levantan a condenar la expansión de los Estados Unidos. La gente nueva comprende el mal horrible que a las generaciones de lo porvenir están causando quienes por rapacidad o por chatura, entregan cuanto recurso de

vida independiente tienen estos países. Busquen en las manifestaciones de esos espíritus vigilantes inspiración para su conducta, los que en el Norte nos juzgan menguados, sensibles por igual al trato de vasallos. Y sobre todo crean a nuestra América digna de un destino mejor que el de la colonia. Hay, es

Juan del Camino

Cartago y octubre del 30.

cierto, todo género de menguados, pero si cobran vigor es precisamente por ese capital que emigra buscando expansión colonizadora. Aquí se sirven de ellos y es por ellos como nuestras patrias van entregando su independencia. Mas, son la escoria y si el escritor de *The New Republic* quiere obrar con justicia, tiene que convenir con nosotros en que la escoria tarde o temprano, un viento de tempestad da con ella en el sepulcro.

queños y miseros, y altivos edificios se han visto destruidos por gotas de lluvia y malas hierbas.— Tú no eres una piedra, pero ya te resquebrajan infinidad de gotas. Infinidad de gotas te seguirán rajando y partiendo.— Te veo fatigado por las moscas venenosas, te veo rasguñado y ensangrentado por mil sitios; y tu orgullo no quiere encolerizarse una sola vez.— Ellas desearían tu sangre con la mayor inocencia; sus almas anémicas reclaman sangre, y pican con la mayor inocencia.— Pero tú que eres profundo, sentías profundamente, aún sientes las pequeñas heridas y antes de curarte te corría ya por la mano el mismo gusano venenoso.— Me pareces demasiado altivo para matar a esos golosos. ¡Pero mira; no venga a ser tu destino soportar toda su venenosa injusticia! Aunque seas benévolo con ellos, se consideran despreciados por ti, y te pagan tu beneficio con fechorías disimuladas. Tu callado orgullo los contraría siempre; y se alborozan cuando aciertas a ser bastante modesto para ser vanidoso.— Lo que reconocemos en un hombre lo inflamamos también en él. ¡Guárdate, pues, de los pequeños, en tu presencia se sienten pequeños, y su bajeza arde en invisible venganza contra ti!— ¿No has notado cómo solían enmudecer cuando te acercabas a ellos, y cómo los abandonaban las fuerzas al modo que abandona el humo un fuego que se apaga?— Sí, amigo mío, tú eres la roedora conciencia de tus prójimos: porque no son dignos de ti. Por eso te odian y querían chupar tu sangre.— Tus prójimos serán siempre moscas venenosas. Lo que es grande en ti, eso precisamente debe hacerlos más venenosos y más semejantes a moscas.— Huye, amigo mío, a tu soledad, allá arriba en donde sopla un viento rudo y fuerte. No es tu destino ser espanta moscas».

Así hablaba Zaratustra.

La picadura de la víbora.—Un día dormitaba Zaratustra a la sombra de una higuera, porque hacía calor; y tenía puesto el brazo sobre la cara. Vino en esto una víbora, le mordió en el pescuezo, y él lanzó un grito de dolor. Apartó el brazo de la cara, y miró a la serpiente. Entonces la serpiente reconoció los ojos de Zaratustra, se retorció torpemente y quiso marcharse. «¡No — dijo Zaratustra, — no te he dado aún las gracias! Me has despertado a tiempo; aún es largo mi camino.»—«Tu camino es corto — dijo tristemente la víbora: — mi veneno mata». Zaratustra se echó a reír. «¿Cuándo mató a un dragón el veneno de una serpiente?—dijo.—¡Recobra tu veneno! No eres bastante rica para regalármelo». Entonces la víbora volvió a abrazarle el cuello y le lamió la herida. — Cuando un día Zaratustra contó esto a sus discípulos, ellos le preguntaron: «¿Y cuál es la moraleja de tu cuento?» Zaratustra respondió: «Los buenos y los justos me llaman el destructor de la moral: mi cuento es inmoral.— Pero, si tenéis un enemigo, no le devolváis bien por mal, porque se vería humillado. Demostradle a la inversa, que os ha hecho un

Tres discursos...

(Viene de la página 217)

bien.—Y, antes que humillar, encolerizaos. Y cuando se os maldice, no me gusta que queráis bendecir. ¡Maldecid también un poco, por vuestra parte!—Decidme: ¿Dónde se encuentra la justicia que es amor con ojos perspicaces?— ¡Inventadme, pues, el amor que soporta, no sólo todos los testigos, sino también todas las faltas!— ¡Inventadme la justicia que absuelve a todos, salvo al que juzga!— ¿Queréis oír más? En el que quiere ser verdaderamente justo, la mentira misma se trueca en filantropía.— Pero ¿cómo podría ser yo verdaderamente justo? ¿Cómo podría dar a cada uno *lo suyo*? Básteme esto: Yo doy a cada uno *lo mío*.— En fin, hermanos, guardaos de ser injustos con los solitarios. ¿Cómo podría olvidar un solitario? ¿Cómo podría devolver?—Un solitario es como un pozo profundo. Es fácil echar en él una piedra; pero, si la piedra cae al fondo, decidme: ¿quién querrá volver a sacarla?—Guardaos de ofender al solitario. Pero, si le habéis ofendido, ¡entonces matadle también!»

Así hablaba Zaratustra.

Del hijo y del matrimonio.— «Tengo una pregunta para ti sólo, hermano mío. La arrojo como una sonda a tu alma, a fin de conocer su profundidad.— Eres joven y deseas hijo y matrimonio. Pero yo te preguntó: ¿Eres tu un hombre que tenga *el derecho* de desear a un hijo?—¿Eres tú el victorioso, el vencedor de ti, el soberano de los sentidos, el dueño de tus virtudes? Eso es lo que yo te pregunto.—

¿O es que hablan de tu deseo la bestia y la necesidad física, o el aislamiento, o la discordia contigo mismo?—Yo quiero que tu victoria y tu libertad suspiren por un hijo. Tú debes erigir monumentos vivientes a tu victoria y a tu liberación.—Debes construir algo más que tú. Pero hace falta ante todo que te hayas construido a ti mismo, rectangular de cuerpo y alma.— ¡No debes sólo reproducirte, sino superarte! ¡Sirvate para eso el jardín del matrimonio!— Debes crear un cuerpo superior, un primer movimiento, una rueda que gire sobre sí: debes crear un creador.— Matrimonio: así llamo a la voluntad de dos de crear uno que sea más que los que le han creado. Respeto recíproco es el matrimonio.—respeto recíproco de los que coinciden en tal voluntad.— Sea éste el sentido y la verdad de tu matrimonio. Pero lo que llaman matrimonio los que están de sobra, los superfluos, ¿a eso cómo lo llamaré? — ¡Ay! ¡Qué pobreza de alma entre dos! ¡Que inmundicia de alma entre dos! ¡Que misera conformidad entre dos!—A todo eso llaman matrimonio; y dicen que contraen sus uniones en el cielo... ¡Pues bien! ¡yo no quiero ese cielo de los superfluos! ¡No: yo no quiero esas bestias enlazadas con redes divinas!— ¡Quédese también lejos de mí el Dios que viene cojeando a bendecir lo que no ha unido!— ¡No os riáis de semejantes matrimonios! ¿Cuál es el hijo que no tendría razón para llorar por causa de sus padres?—Tal hombre me pareció digno y maduro para el sentido de la tierra; pero, cuando ví a su mujer, la tierra me pareció una morada para insensatos.— Sí; yo querría que la tierra entrase en convulsión cuando se aparean un santo y una gansa.— Cual otro partió como héroe en busca de verdades, y no trajo más botín que una mentirita engalanada. A eso llaman su matrimonio.—Este era frío en sus relaciones y escogía con detenimiento. Pero de un solo golpe trastornó su sociedad para siempre. A eso llama su matrimonio.—Aquél buscaba una sirvienta con las virtudes de un ángel. Pero de pronto se hizo sirvienta de una mujer, y ahora necesitaría él volverse ángel.— Yo he visto ahora a todos los compradores muy sobre sí y con ojos astutos. Pero aún el más astuto compra a su mujer a ciegas.— A muchas locuras breves llamáis amor. Y vuestro matrimonio pone fin a muchas locuras cortas para hacer de ellas una tontería larga. ¡Un día deberá elevarse vuestro amor por encima de vosotros. ¡Aprended, pues, primero a amar! Por eso os fué preciso beber el amargo cáliz de vuestro amor.—Amargura existe, aún en el cáliz del menor amor; así te hace desear el Superhombre; así te da sed a ti ¡oh creador!— Sed del creador, flecha y deseo del Superhombre; dime, hermano mío, ¿es esa tu voluntad del matrimonio?—Santa es para mí tal voluntad, santo tal matrimonio».

Así hablaba Zaratustra.

Federico Nietzsche

(De *Así hablaba Zaratustra*. En la recomendable traducción española de Juan Fernández. ESPAÑA MODERNA. Madrid)

INDICE

Legenda aut adquirenda



Libros que ha traído el último correo:

| | |
|--|------|
| J. Andrade: <i>China contra el imperialismo</i> € | 3-75 |
| E. O. Kiesel: <i>La corriente del golfo</i> . (Novela)..... | 3-75 |
| André Maurois: <i>Ariel o la vida de Shelley</i> | 3-75 |
| Ramón Gómez de la Serna: <i>Efigie</i> | 3-75 |
| Norberto de Araujo: <i>Novela del amor humilde</i> | 3-75 |
| Harold Höffding: <i>Kierkegaard</i> | 3-75 |
| M. A. Asturias: <i>Leyendas de Guatemala</i> | 3-35 |
| André Gide: <i>Corydon</i> | 3-75 |
| José Hergesheimer: <i>Tampico</i> (Novela)... | 3-75 |
| André Malraux: <i>Los conquistadores</i> | 3-75 |
| Robert Bougard: <i>Los secretos del espionaje inglés</i> | 3-75 |
| León Trostky: <i>¿A dónde va Rusia?</i> | 3-75 |
| Alejandra Kolontai: <i>La bolchevique enamorada</i> | 3-75 |
| G. Papini: <i>Historia de Cristo</i> | 6-00 |
| Romain Rolland: <i>Mahatma Gandhi</i> | 4-00 |

Dirigirse al Adr. del Rep. Am

Pro Bolaños

Palabras dichas en la velada del caso en el Teatro Apolo, de Cartago, en la noche del lunes y 6 pasado.

Hablo en nombre del «Comité pro Bolaños», quien bajo el patrocinio de la colonia francesa de Costa Rica, y con la cooperación de elementos distinguidos de esta sociedad, me ha dispensado el honor excesivo de designarme para abrir este acto, y que al hacerlo, ha usado conmigo términos tan generosos y gentiles, que comprometen mi gratitud.

Cuando ese animal superior que llamamos hombre, había logrado en lucha de siglos, de milenios, más bien, mediante el desarrollo paulatino y tenaz de la inteligencia, que es la primera fuerza de la naturaleza, conquistar el dominio de la tierra y del agua, observó que algo muy importante le faltaba aún para ser digno del título de rey de la creación, y bregó por conquistarlo también.

Ese reino que le faltaba al hombre para completar su conquista era el dominio del aire. Y su impotencia para dominarlo lo hacía en cierto modo inferior a las aves, que pueden moverse a su antojo en la tierra, en el agua y en el cielo, siguiendo el libre impulso de su instinto.

Pero el animal que piensa, y que, como pensante que es, aspira naturalmente a su perfección y a su grandeza, no podía resignarse a esa inferioridad, y desde tiempos muy remotos, anteriores al nacimiento de la Historia, habíase esforzado con energía y perseverancia por dominar el tercer elemento.

De esas tentativas por conquistar el aire dan testimonio varias leyendas preciosas y simbólicas que encontramos en la mitología griega, fuente de toda belleza. Dédalo, quien junto con su hijo Ícaro, audaz mancebo, estaban cautivos del rey de Creta, quien los encerró en el Laberinto, ideó un medio ingenioso para salvarse y salvar a su hijo: construyó unas alas que le permitieron elevarse en los aires, y volando, huir de las costas de la Isla. Así lo hizo, y en

efecto, padre e hijo consiguieron llegar a Sicilia; pero Ícaro, indócil a los consejos de su padre, ansió subir más aún, mucho más, volando a tal altura en los espacios celestes, que sus alas, que eran de cera, se fundieron con los rayos del sol, y cayó al agua, en sitio que desde entonces se llamó Mar Icariano.

En la caída de Ícaro, como en la de Faetón, el joven auriga, que volcó el carro de Apolo para iluminar el día; como en la de Hefestos, a quien su madre, Hera, arrojó del Olimpo, avergonzada de la cojera que lo afeaba, haciéndolo indigno de morar entre los dioses; o como en la de Belerofonte, héroe también del aire, a quien aquéllos precipitaron a la Tierra, porque pretendió en el delirio de su orgullo subir al Olimpo, aprovechándose de las alas de Pegaso, el caballo armonioso que los dioses dieron al atleta, para combatir a la Quimera; en todas esas caídas memorables, que cantaron los homéridas, adivinaron los helenos sutiles la ira de los dioses, que castigó la audacia de los humanos, quienes habíanse atrevido a aventurarse en el espacio, reservado tan sólo para los inmortales.

Y esa venganza implacable de los dioses persiste hasta hoy. Y no ya la mitología, sino la historia contemporánea, comprueba que la conquista del aire es un continuado martirologio, en el que abundan ya hasta los mártires del sexo femenino. Algunos de esos holocaustos tremendos se han consumado en nuestro país, llenándonos de estupor y de duelo. Hoy mismo ha ocurrido en Francia una espantosa catástrofe, la del dirigible inglés R-101.

A esa legión de héroes y de mártires pertenece el primer aviador costarricense, Tobías Bolaños, hijo de nuestra ciudad de Santo Domingo, a quien rendimos esta noche un homenaje fraternal.

Sintió desde su adolescencia una aspiración de elevarse, un deseo loco de volar, y nada ni nadie pudo hacerlo de-

sistir de su propósito. No pudiendo realizarlo aquí, se fue a Europa, en donde le sorprendió la Gran Guerra. Como Ícaro y como Belerofonte, quiso escalar el cielo, y como ellos, fue víctima de la cólera de los dioses. Pero más estoico que los héroes griegos, no se amedrentó con las catástrofes de los otros ni con sus propios fracasos, y mutilado heroico en campos de honor y de gloria, volvió a su empeño cuantas veces la suerte le fue impropicia.

Si el héroe moderno, estoico, como los cartagineses de la antigüedad, hubieran vivido en la Hélade, los griegos hubieran premiado su audacia, su empeño y su heroísmo haciéndolo semi-dios, como a Ícaro y como a Belerofonte, y el cantor de la Ilíada lo hubiera eternizado en sus hexámetros sonoros. Pero su país ha sido ingrato con él; porque casi todos los países son ingratos con sus héroes. Mas Tobías Bolaños, que al caer del aire, combatiendo por la libertad y por el derecho humanos había dicho, creyendo que ya había concluido todo para él: *muero feliz, porque muero por Francia*, encontró una patria maternal, que lo glorificó y que le aseguró la subsistencia, porque Francia, cuna y teatro perpetuo de héroes, como Roma, reconoce y mimra como a hijos suyos a todos aquellos a quienes el heroísmo, el sacrificio, o el arte, hicieron ilustres o inmortales; porque la Francia, fecunda e invicta, es la patria de la humanidad.

Bolaños ha vagado año tras año entre nosotros, olvidado y pobre, luchando porque la justicia nacional le suministre un avión para realizar su ambición de volver a volar. Pero hasta ahora no ha podido conseguirlo, por nuestra indiferencia, nuestra incompreensión y nuestro escepticismo. No queremos creer en él, porque como decía Nietzsche. «la presencia del héroe nos llena de consternación». Preferiríamos, en nuestra inconsciencia, ver morir a Bolaños de paludismo, sembrando bananos para la United, que verlo caer por la patria conquistando las alturas.

Pero esta incompreensión absurda, esta negligencia oriental, debería llenarnos de vergüenza y de remordimiento. No, cartagineses! No, costarricenses! No, y mil veces no! Vosotros, que habéis erigido monumentos a los próceres y a los héroes, debéis reparar esta injusticia. Reparadla! Proporcionad un avión a Bolaños. No tengáis miedo al héroe que hay en él! Dadle alas para que pueda volar; para que pueda conquistar la altura; dadle alas para que pueda juntar sus hazañas a las hazañas de los Moras, de los Cañas, de los Santamarías; de todos aquellos que en la paz, o en la guerra, en la próspera o en la adversa fortuna, os han legado esta patria, digna, decorosa y libre!

Camilo Cruz Santos

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Imp. Alsina (Sauter, Arias & C.) San José, Costa Rica

Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras

Director: FÉLIX NIETO DEL RÍO

Suscripción anual para el Ext. \$ 40

Dirección y Administración: Correo, 8.
Santiago (Chile).